ASESINO EN LAS ESTRELLAS

Curtis Garland

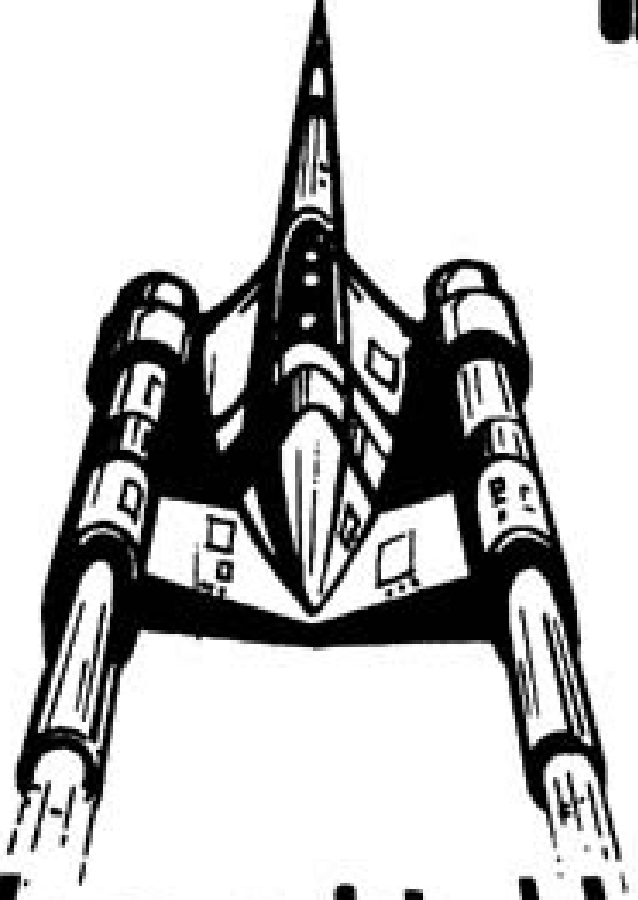
La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION





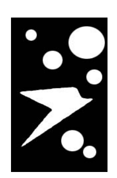


La conquista del ESPACIO

CURTIS GARLAND

ASESINO EN LAS ESTRELLAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 603
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1982

1

Iris miró atrás, con ojos en los que se expresaba claramente el miedo. Sus pupilas violáceas, jaspeadas y hermosas, brillaban con un fulgor cristalino, dilatadas y temerosas.

Sin embargo, no había nadie tras ella. Sólo la noche. La inmensa noche cuajada de astros, nebulosas y constelaciones radiantes, destacando como hacinamiento de diamantes sobre el negro terciopelo del infinito. Allí todo se mostraba tranquilo, pacífico.

Ella sabía lo engañoso que podía ser todo ello. Lo falso de esas apariencias de sosiego y paz. Detrás de esa mentira se ocultaba un horror sin límites. Algo que podía alcanzarla a ella en cualquier momento.

Pero no sólo a ella, sino a otras muchas personas inocentes. Y eso es lo que quería evitar a toda costa. Necesitaba informarles, decirles lo que estaba ocurriendo, lo que, sin remedio, iba a suceder de no mediar un auténtico milagro. Y lo malo es que, en pleno siglo XXII, en aquel remoto confín del espacio colonizado por el hombre, lo último que se podía esperar era un milagro. Y también era en lo último que se creía.

No les habían enseñado demasiado a temer a Dios o a confiar en él. Era preferible enseñarles técnica, mecánica, especialidades, superprofesionalizar a los humanos, despojarles de toda idea religiosa o espiritual, para concentrarles en lo que realmente importaba: el trabajo, el progreso técnico y científico, el ir siempre un poco más allá en la conquista del supremo poder sobre los mundos y las estrellas, sobre la Ciencia y la supercivilización.

Por eso Iris no confiaba en milagros. Y sabia que tampoco ellos confiarían cuando supieran lo que iba a suceder. Su espíritu materialista y práctico buscaría simplemente una solución material, tangible, un remedio físico a ese horror.

Iris sabía que, de momento, ese remedio, esa solución… no existía.

Era espantoso admitirlo así, pero era la pura siniestra verdad. No había medios de prevenir lo que estaba a punto de desencadenarse. Ni tampoco medios de combatirlo, por mucho que fuese el progreso de sus armas, de sus hallazgos técnicos, de su poder sobre las máquinas.

Por ello la muchacha corría en la noche del Asteroide Epsilón-15, tratando de ganar tiempo al tiempo, de anticiparse de alguna forma a la tragedia, en un esfuerzo titánico por impedir que lo peor pudiera suceder en aquel confín galáctico.

La Tierra estaba muy lejos. Demasiado, para confiar en una ayuda

inmediata. Ni siquiera los fabulosos medios de comunicación de la época, con las naves ultralumínicas, con los poderosos sistemas de propulsión de las bionaves intergalácticas, impedirían que sucediera. Epsilón-15 estaba lejos de las rutas regulares. Demasiado lejos de todo para confiar en nada ni en nadie. Era lo malo de ser destinado a un asteroide prisión.

Iris se detuvo, jadeante, en el acceso a la colina. Las luces estelares se reflejaban nítidamente en sus muros de vitrofibra cristalinos y herméticos como burbujas hechas de material indestructible. Dentro se hallaban las instalaciones militares, la Zona de Control y la prisión propiamente dicha. En la actualidad, la prisión espacial de Epsilón-15 era un verdadero lujo. Se mantenía a una nutrida fuerza policíaco militar, para controlar solamente a dos criminales convictos y condenados. Dos criminales importantes, eso sí. Pero que no justificaban, a juicio del comandante Hyder el gasto de personal y mantenimiento de las instalaciones. Y el comandante Hyder, como alcaide de la colonia prisión, sabía lo que se decía.

Iris aplicó su tarjeta de identificación contra el detector de la entrada. El ojo electrónico emitió unos guiños y el programador dio el visto bueno. Se deslizó un panel en la costra plástica que envolvía la colonia, y la bella Iris penetró en el recinto, presentando de nuevo su tarjeta de identificación al robot guardián del acceso. El ser mecánico autorizó el paso, y la invisible barrera de protección magnética se interrumpió para darle paso al interior de las instalaciones celulares. De nuevo dirigió todavía una mirada de angustia al exterior, del que ahora le separaba la cóncava pared cristalina de la colonia.

Para Iris, todas aquellas protecciones tan eficaces y precisas no serían suficientes cuando tuvieran que detener el horror mortal que les amenazaba.

Subió precipitadamente a un turbocar, que programó para dirigirse lo más de prisa posible a la Zona de Control. El pequeño vehículo individual partió como una centella por los tubos iónicos, hacia el centro mismo del asteroide prisión, llevando en su confortable interior a la hermosa muchacha de uniforme naranja y cabellos negroazulados.

Iris contemplaba desde la cabina el deslizar de silenciosas zonas de metálicos muros, depósitos de combustible, de provisiones, naves desiertas, destinadas a los servicios de mantenimiento de la zona con sus interminables tuberías de todo tipo, cajas aislantes con interruptores y controles, y todo lo que era preciso para proporcionar vida y recursos artificiales a una colonia de aquel tipo, situada en un asteroide en el que, pese a haber aire respirable, en muchos períodos del años las bajísimas temperaturas y los rigores de un invierno gélido y terrible, obligaba a permanecer recluidos a cuantos habitaban la

colonia, ya fuesen convictos o celadores, técnicos o personal de mantenimiento, como ella misma.

Nunca le había producido tanto miedo aquel silencio, aquellas soledades a lo largo de secciones de la estructura celular. Lo que siempre había aceptado como algo natural, dadas las dimensiones de la prisión y de sus instalaciones y la escasez de su personal y de su población reclusa, ahora se le aparecía siniestro, cargado de un contenido amenazador y hostil, donde parecía flotar, invisible pero real, el fantasma del terror y de la muerte.

Ella sabía que era así, aunque los demás lo ignorasen. Lo importante era demostrarlo a todos sin lugar a dudas. Probarles que la amenaza estaba allí, planeando sobre todas sus cabezas, acechando en cada lugar, intangible, pero tremendamente cierta y ominosa para sus vidas.

—Espero llegar a tiempo… —jadeó—. Confío en que aún no sea demasiado tarde…

Pero no se hacía demasiadas ilusiones tampoco. De algo estaba segura: no podía recurrir directamente a Hyder. Era un hombre frío y tremendamente práctico, carente de emociones. No creería una sola palabra de su relato. Se limitaría a encogerse de hombros y, como máximo, ordenar a sus hombres una investigación de esos posibles hechos. Y no tenía tiempo para eso. En realidad, no había tiempo para nada.

Además, ¿qué podría descubrir Hyder a través de su personal, investigando el caso? Nada. Absolutamente nada, Iris estaba segura de ello. Era todo demasiado sutil, demasiado intangible para que una pesquisa rutinaria de la policía del centro penitenciario pudiese poner en claro cosa alguna.

El vehículo se detuvo al fin en el pequeño andén de acceso a la zona de personal especializado. Bajó del mismo. Su tarjeta plástica de identificación sirvió para que el mecanismo funcionase, permitiéndole el paso al deslizarse la puerta de doble seguridad silenciosamente, lo justo para el paso de su liviano y elástico cuerpo femenino embutido en el brillante uniforme anaranjado.

Iris avanzó rápida por el desierto corredor de muros opalescentes, crudamente alumbrados desde su interior. Esa clase de iluminación producía un efecto blancuzco, fantasmal, al radiante pasillo.

Se detuvo ante una puerta donde aparecía un rótulo fluorescente:

> DIVISION DE MANTENIMIENTO. ZONA III. CONTROLES DE ATMOSFERA RESPIRA- BLE. NO ENTRAR SI SE ES AJENO A ESTE SERVICIO.

Iris presionó un resorte cuadrangular de la puerta, que se iluminó en verde fluorescente al apoyar ella la mano. Quedaron

automáticamente impresas las huellas de su mano, y un sensible detector transmitió esa información a una terminal de identificación electrónica. La puerta cedió suavemente.

—Hola, Rick -—saludó al entrar, tratando de mostrarse lo más normal posible—. ¿Todo bien aquí?

Rick no le respondió. Estaba sentado allí, como de costumbre en sus horas de servicio, ante los paneles de la computadora que se ocupaba de programar los servicios de atmósfera, aire acondicionado, refrigeración o calefacción, según los casos, del centro penitenciario de Epsilón-15. Le daba la espalda. Su cabeza de rizado cabello, inconfundible, se apoyaba sobre aquellos sólidos hombros suyos, que el uniforme verde oscuro, de tejido brillante, hacía parecer aún más anchos. Ante él, pestañeaban las pantallas de información, transmitiendo constantemente datos relativos al equilibrio atmosférico interno en todo el recinto.

—Veo que tienes mucho trabajo —sonrió Iris, con un suspiro, olvidando de momento sus graves preocupaciones de poco antes. La presencia de un hombre fuerte y seguro de sí como Rick, lograba siempre inspirarle confianza aun en los peores momentos. Y éste, evidentemente, era para ella un momento de pésimo signo—. Pero podrías al menos hacer caso un instante a un compañero de trabajo. Además, Rick, tengo que hablarte de algo. Algo muy grave que no me atrevo a contar a los demás...

El siguió allí, erguido ante sus mandos, de espaldas a ella, sin hacerle el menor caso. Iris se enfadó ligeramente. Sabía que Rick era así, un hombre que se abstraía fácilmente en su trabajo, pero ahora le necesitaba con urgencia y quería sacarle de su abstracción fuese como fuese.

—Pero bueno, ¿me escuchas o no? —murmuró con tono airado, yendo hacia él directamente y zarandeándole sin contemplaciones—. Lo que tengo que decirte es muy...

Enmudeció. Su boca quedó abierta, pero no emitió ya sonido. Fue como si algo la paralizase súbitamente, obligándole a enmudecer, dejándola helada, petrificada ante una espantosa visión.

Luego, de su boca escapó un terrible, largo, estremecedor alarido de pánico, de horror, de aterrada incredulidad. Despavorida, mortalmente pálida y con sus bonitos ojos desorbitados, Iris retrocedió, tambaleante, contemplando con infinita angustia aquella escena delirante, estremecedora.

Rick había caído de su asiento al zarandearle. Su corpachón, sólido y vigoroso, se desplomó de su asiento, golpeando el suelo y quedando boca arriba. Contemplándola con aquello que quedaba de su rostro y que no era otra cosa que una humeante, horrenda cara carcomida, en la que los huesos de su calavera asomaban, dantescos,

entre jirones de piel y músculos ensangrentados, con dos vacías cuencas por los ojos, de las que fluía un humor acuoso, entre desgarradas partículas del globo ocular.

La misma fuerza destructora, corrosiva, que tan horriblemente había destruido su faz, había abierto en su pecho un gran boquete por el que eran visibles, entre costillas descarnadas y sangrantes, sus órganos vitales inmóviles, bañados en sangre, mientras el verde uniforme de material sedoso y resistente aparecía desgarrado, abrasado, despidiendo aquel mismo terrible vaho que escapaba de su triturado rostro.

Iris, en ese momento, miró hacia otro punto de la cámara, emitió un ronco gorgoteo con su boca convulsa, y se desplomó sin conocimiento, no lejos de donde yacía el alucinante cadáver de su compañero de trabajo Rick.

2

—Es inútil, comandante —suspiró Zaya moviendo la cabeza con pesimismo—. El neurodiagnosticador no parece equivocarse, véalo.

Se inclinó sobre el lecho donde reposaba la paciente, y pulsó de nuevo las teclas del aparato situado a la cabecera de la enferma, cuyo proyector en forma cónica apuntaba directamente a su cráneo, cubierto por electrodos sin cables, conectados con el aparato de diagnóstico clínico.

Sobre una pantalla, aparecieron una serie de zonas iluminadas en tono rojo rayado. El dedo de la doctora señaló esas zonas.

—Compruébelo por sí mismo —sugirió—. Son zonas neutras, totalmente paralizadas momentáneamente en su actividad.

Asintió el comandante Hyder, arrugando el ceño. Contempló luego el rostro sereno, dormido, de la bella Iris. No se veía en él señal alguna de actividad o reanimación.

—¿Peligra su cerebro, doctora? —indagó.

—De momento, no —negó ella—. El riego sanguíneo es normal. Las neuronas no corren riesgo de destruirse. Pero la actividad cerebral es casi nula, especialmente en los sectores de sensibilidad, memoria, capacidad auditiva o vocal.

—En suma...

—En suma, comandante: no puede oírnos, ni hablar ni entender nada. Y no creo que sienta nada ni se entere de cosa alguna. Además de ello, sufre una amnesia casi total, si no es total. Veamos el diagnóstico exacto...

Pulsó otra tecla, ésta de color rojo luminoso. En la pantalla desapareció el encefalograma. A su lado, en otra pantallita menor, dos líneas marcaban el curso de su actividad cardíaca y cerebral. La

primera línea era regular y rítmica. La otra, mucho más débil e incierta. Pero ambas se mantenían en funcionamiento, que era lo importante.

En la pantalla mayor apareció el diagnóstico en letras fluorescentes, impresas por el ordenador de diagnósticos clínicos:

> PACIENTE SOMETIDO A FUERTE SHOCK CEREBRAL. AMNESIA PROFUNDA. CARENCIA AUDITIVA Y VOCAL, AUSENCIA DE REFLEJOS Y SENSIBILIDAD FISICA. ESTADO DE COMA PSIQUICO ESTABLE. ACTIVIDAD
>
> CEREBRAL MINIMA PERO MANTIENE CONSTANTES VITALES. DIAGNOSTICO: GRAVE, PERO SIN PELIGRO INMINENTE.

La doctora Zaya suspiró, cerrando el aparato. Sus ojos oscuros y agudos se cruzaron con la mirada azul y fría del comandante Hyder, jefe de la penitenciaría Epsilón-15.

—Y bien, comandante, ¿qué podemos hacer ahora? —.murmuró la doctora.

—Lo ignoro. Rick desaparece de su puesto de trabajo, ella aparece en ese estado... —el comandante meneó la cabeza, perplejo—. No entiendo nada, la verdad. Informaré urgentemente al Servicio de Investigación Espacial. Parece ser un asunto para ellos, dado que oficialmente hay un desaparecido en la base, de cuyo paradero nada sabemos, y una de nuestras especialistas de mantenimiento sufre un misterioso shock cuyos motivos parecen por el momento difíciles de explicar.

—¿Han investigado en el sector, por si ocurrió algo anormal? —se interesó la doctora, desconectando lenta y suavemente los electrodos de la cabeza de su paciente.

—Sí, he hecho una inspección a fondo sin hallar nada de particular. Tampoco nadie ha podido informarme de anormalidad alguna. Pero lo cierto es que Rick estaba de servicio en zona restringida, y no pudo marcharse sin solicitar permiso previo y poner a alguien en su puesto. Su salida no ha sido detectada por controlador alguno de tránsito, por lo que en buena lógica, debería de estar en su puesto de trabajo normalmente... y no es así.

—Entiendo —afirmó despacio la doctora—. Si cosas así llegan a conocimiento de los dos peligrosos reclusos que permanecen en Epsilón-15, podría haber problemas, ¿no?

—Por supuesto. Esos dos se han rebelado numerosas veces, han planteado huelgas de hambre y han provocado problemas. Tienen respaldándoles una maldita organización social llamada Defensa de los Derechos de los Convictos, o algo parecido, que pretende presentar como auténticos angelitos, víctimas de los sistemas penitenciarios, a

gentes como esos dos, capaces de acumular sobre sus personas docenas de crímenes incalificables. Si se descubre oficialmente que ocurren cosas irregulares en una penitenciaría espacial, podrían iniciar otra de sus virulentas campañas, y conducir a la Federación Galáctica a promulgar nuevas leyes de indulto y reducción de penas que podrían dejar en libertad a tan peligrosos sujetos como nuestros dos cautivos, criminales reincidentes de la peor calaña.

—Tiene un buen problema encima, por tanto —comentó la doctora.

—Así es, amiga mía —confesó el comandante con aspereza. Se volvió al hombre silencioso que permanecía en pie no lejos de ellos, pendiente de la posible reacción de la inconsciente Iris—. Teniente Colé, creo que debemos dejar a la doctora con su tarea, y nosotros dedicamos a la nuestra.

—Sí, señor —afirmó el joven teniente Colé, saludando con respeto a su superior—. ¿Seguimos buscando a Rick?

—Por supuesto. Y tenemos también que intentar averiguar qué es lo que pudo causar a una persona tan equilibrada como Iris un shock semejante. Ella ha sido siempre una eficiente y serena funcionaría. No puedo comprender qué alteró de ese modo su mente…

—Ella era muy buena amiga de trabajo desde hacía más de dos años.

—Cierto. No hay duda de que la desaparición de Rick ha de relacionarse, de alguna manera, con lo sucedido a Iris, pero ¿cómo y en qué? Eso es lo que debemos intentar descubrir, mientras esperamos que Investigación y Seguridad Espacial nos envíe a alguien para investigar esto lo más discretamente posible, sin despertar excesiva publicidad.

Ambos oficiales abandonaron el pabellón clínico de la doctora Zaya. Esta se inclinó sobre el cuerpo yacente de la enferma, lo contempló largamente, en silencio, y al fin murmuró entre dientes, con gesto pensativo:

—Descansa tranquila, querida Iris, descansa… Luego, se apartó, sin prisas, yendo a ocuparse de anotar en una agenda electrónica de bolsillo los datos clínicos de su paciente.

* * *

Roy Drake afirmó, tras escuchar el informe telerradiado a su nave patrulla.

—Mensaje recibido —dijo conciso—. Tomo rumbo a Epsilón-15. Informaré a mi vez al Centro de Control de Investigación y Seguridad. No hagan nada hasta nuestra llegada.

Grabó en la computadora los datos de navegación correspondientes al Asteroide Epsilón-15, prisión espacial de la Federación Galáctica, y la nave, automáticamente, rectificó su ruta, enfilando la zona del espacio donde se hallaba el asteroide celular.

Roy Drake se apresuró a comunicar los datos pertinentes a Control. Recibió la aprobación superior, y se le aconsejó la máxima discreción, dada la crisis provocada recientemente por los defensores de la supresión de centros penitenciarios de castigo, para suplirlos por granjas de rehabilitación penal, pese a que este último recurso no siempre había dado buenos resultados, volviendo los criminales reincidentes a delinquir de forma grave. Según ciertos científicos expertos en la materia, no era siempre posible la rehabilitación, a causa de la herencia genética del individuo, que podía forzar a éste a unos actos contrarios a todo sistema programado, puesto que los cromosomas y el ADN podían resultar inalterables en el proceso de rehabilitación social y mental del sujeto.

Fuese como fuese, la Federación se encontraba entre la espada y la pared, a causa del partido tomado por muchos miembros federales, que defendían la supresión de esos centros penales perdidos en el espacio.

Drake tomó buena nota de los consejos de Control, y comprobó que la ruta era la correcta, a través de la información suministrada por la computadora de a bordo. Su compañero de viaje y de patrulla, Ilya, le observó mientras hacía todo ello.

—De modo que hay trabajo, ¿eh? -—comentó.

—Y difícil —corroboró Drake—. Es en una penitenciaría espacial. Ha desaparecido un técnico y otro sufre un fuerte shock que le impide recordar, hablar, oír o sentir algo. Al parecer, ambos eran amigos y camaradas, además de compañeros de trabajo.

—No se puede ir muy lejos en uno de esos asteroides, ¿no?

—No, no mucho. Son pequeños pedruscos que flotan en el espacio. No mayores que una isla perdida en un océano cualquiera. No falta nave alguna, de modo que el desaparecido no pudo escapar de allí. Además, eso sería ridículo, a menos que sufriera una repentina enajenación, porque el personal técnico puede en todo momento solicitar el traslado o la baja de su destino, sin problemas de ningún tipo. Si la mayoría permanecen en esos puestos tan duros y difíciles es por lo elevado de su salario y por las ventajas de una jubilación temprana y generosa, como nos ocurre a ti y a mí en esto de las patrullas de policía espacial.

—No es lo mismo. —Ilya torció el gesto, frotándose su barbita recortada, de color rojo, que le daba cierto aire de diablo, pese al gesto apacible y risueño de su rostro pecoso—. A mí no me gustaría encerrarme durante años en uno de esos penales del espacio, aunque

me pagasen toneladas de oro puro.

—A mí tampoco —se encogió de hombros Drake—. Pero tampoco es una bicoca permanecer a bordo de una de estas pequeñas naves durante meses y meses. Termina uno sintiendo claustrofobia.

—¿Con toda esa inmensidad en derredor y con esos muros transparentes? —rechazó Ilya, abarcando con un gesto de su mano la totalidad de las paredes visuales de la proa de su nave patrulla, por las que era posible vislumbrar constantemente la pléyade infinita de nebulosas, astros y galaxias del Universo, aparentemente inmóviles siempre, a pesar de la ultravelocidad de la pequeña bionave policial—. Basta contemplar ese cielo, Roy, para no sentirse encerrado, sino tremendamente libre en el Cosmos...

—Esas son tus ideas, no las mías —gruñó Drake, encongiendo sus anchos hombros con indiferencia y conectando la pantalla de aproximación de imagen exterior, en busca de la posición de Epsilón-15, del que todavía les separaban considerables jornadas de vuelo biónico—. Mira, ahí lo tienes. Ese pedrusco grisáceo y feo que se mueve cerca de aquella constelación en forma de cruz es Epsilón-15.

Graduó mejor la visual. La imagen televisada a gran distancia cobró en la pantalla una nitidez perfecta. Ilya contempló con desagrado aquel feo cuerpo celeste, que parecía tener el color idóneo para su actividad celular.

—Es bastante tétrico —comentó—. En un sitio así puede ocurrir cualquier cosa, y ninguna buena. ¿Cuándo llegaremos?

—Forzando un poco la marcha, en tres biojornadas —calculó Drake mientras computaba las cifras para comprobar esa hipótesis. Asintió al leer los datos técnicos de vuelo en pantalla. Menos, quizá. Creo que en poco más de dos biojornadas, estaremos en tan acogedor mundo, amigo mío...

Y rió entre dientes, mientras solicitaba a Control un teleinforme personal completo del desaparecido Rick y la inconsciente Iris.

El teletransmisor de la Central pronto puso en pantalla para los dos patrulleros un completo informe de ambos, con sus fotografías en tres dimensiones y sus datos personales absolutos, incluidas sus huellas dactilares y su esquema biogenético y psicomental, que grabó automáticamente la agenda de a bordo.

—Vaya, una chica guapa la tal Iris —comentó Ilya, sor- pendido, señalando el bellísimo rostro que aparecía en pantalla—. Y soltera, además.

—Estamos trabajando, no de vacaciones, Ilya —le reprochó Roy severamente. Luego miró, ceñudo, el tridimensional retrato a color—. Aunque la verdad es que sí es atractiva la muchacha... Y por lo que veo de su coeficiente mental y de sus reacciones biológicas, nada predispuesta a sufrir emociones fuertes ni a padecer shocks...

—Y sin embargo…

—Sí. Sin embargo, eso es lo que padece en estos momentos. Me gustaría conocer la causa, la verdad.

La pequeña bionave policial seguía su viaje a través del Cosmos, en dirección al asteroide prisión. Muy pronto, los dos jóvenes patrulleros del espacio iban a enfrentarse también con el mismo horror que tan violenta conmoción provocara en Iris.

* * *

El jefe de celadores Kelly Ross comprobó los controles de las dos celdas de alta seguridad donde se hallaban recluidos los penados. Eran celdas gemelas, situadas una frente a la otra. Su puerta aparentemente opaca por el lado de los presos, es decir, el interior de las celdas, podía convertirse en transparente por el opuesto, situado en el corredor. Pero eso era algo que sólo se efectuaba en las inspecciones periódicas de control penitenciario, previo aviso a los propios reclusos, para no sorprenderles en forma impúdica. A través de aquellas sólidas puertas era posible detectar metales o localizar cualquier elemento no permitido que hubiera en poder de los presos, sin necesidad de registros ni revisiones más minuciosas.

—Todo va bien —informó Ross al teniente Colé, a través del videocuminicador—. Los presos han cenado y van a descansar. La situación es normal.

—Perfecto —aprobó el joven teniente—. De todos modos, extreme precauciones. Hemos recibido información de Alfa 3, en el sentido de que hubo un conato de motín carcelario, a causa de una circular del Comité de Defensa de Derechos de los Convictos, atacando duramente a los sistemas penitenciarios de la Federación Galáctica y exhortando a los presos a rebelarse de forma pasiva pero firme contra las ordenanzas penales.

—Un motín no es precisamente un forma pasiva de rebelión —hizo notar Ross, pensativo.

—Por supuesto. Pero en Alfa-3 está un recluso conflictivo y violento, que ha interpretado el exhorto a su manera, creando problemas graves en la penitenciaría. Si ese mensaje llega a nuestros dos reclusos, podría también complicarse aquí la cosa.

—Según la ley vigente, tienen pleno derecho a ser informados de inmediato de cualquier circular del Comité, aprobada por el Control Social de la Federación —le recordó

Kelly Ross, preocupado, rascándose su blanca barba, precozmente canosa, pese a su todavía vital juventud, siempre erguido y solemne, rígido dentro de su uniforme color gris metálico, con el distintivo del

Cuerpo Celular del Espacio—. No podemos tenerles ignorantes de ese mensaje, cuando llegue a la terminal de Epsilón-15, usted lo sabe.

—Claro que lo sé. —El pelirrojo oficial de la guarnición de alta seguridad afirmó con la cabeza, a través del pequeño visor de comunicación—. Pero podemos alegar un defecto de recepción, un fallo de transmisiones que demore la llegada del texto. Luego solicitaremos conformidad, alegando una serie de interferencias galácticas, y en todo ello se perderán, como mínimo, veinticuatro horas. Espero que eso baste para controlar la situación aquí y no empeorarla con un posible motín. Conociendo a Harían, también nosotros debemos admitir que la conflictividad aquí podría ser seria.

—No me fío de ninguno de los dos, teniente, ésa es la verdad — afirmó Kelly Ross—. Esperaré instrucciones al respecto antes de informar a los presos de nada.

—Eso está bien. Es usted un buen chico, Ross. Y un excelente funcionario.

—Gracias, señor. —El jefe de celadores se mostró complacido por el elogio—. ¿Se sabe ya algo acerca de nuestro compañero Rick?

El rostro del oficial se ensombreció en el pequeño visor. Hizo un gesto de pesimismo.

—Nada —dijo—. Todo sigue igual. Ni rastro de él, vivo o muerto.

—Ya. ¿Y ella, Iris...?

—Igual. Estacionaria. No reacciona. No habla, no siente, no recuerda. No oye.

—Dios mío, pobre muchacha... —suspiró Ross—. ¿Qué está ocurriendo aquí, señor?

—No lo sé —eludió el teniente Colé fríamente—. Espero que nada serio, realmente. La doctora Zaya tiene esperanzas de que el estado de coma remita. O que como mínimo, no agrave el estado de la paciente. Las constantes vitales se mantienen inalterables, y ella dice que eso es buena señal.

—Ojalá acierte, teniente. Pero esto a mí no me gusta nada.

—Tampoco a mí, Ross. Tampoco a mí... —confesó Colé, gravemente—. Termino. Corto.

Desapareció la imagen y la pantalla visual de su muñeca se llenó con líneas diversas. Apagó Ross el videocomunicador personal que les mantenía habitualmente en contacto dentro del asteroide.

Dirigió una ojeada meditativa hacia las celdas, reflejadas en la gran pantalla central de control, a cuyos lados otras seis pantallas, tres por flanco, enfocaban diversas zonas de instalaciones celulares de máxima seguridad. Todo eso y el juego complejo de sofisticados procedimientos de alarma, formaban la red inextricable que separaba a los dos únicos y temibles reclusos de Epsilón-15 de la libertad y del mundo exterior.

Un sistema supletorio de micrófonos altamente sensibles, servían también para controlar cualquier actividad de los reos, sin necesidad de profanar su intimidad personal en sus celdas, seguras pero confortables, donde cumplirían la condena hasta el fin de sus días, ya que ambos eran culpables de numerosos asesinatos en primer grado. En casos semejantes, no existía posibilidad alguna de indulto. Deberían cumplir de por vida la pena de prisión en un asteroide espacial, por delitos cometidos en el ámbito de la Federación Galáctica.

Kelly Ross se puso en pie, desperezándose. Una luz roja parpadeó en la entrada de la cabina de control celular. Se deslizó la puerta silenciosamente, y entró su ayudante, el celador de segunda, Lyman Gee. Su altísima y flaca figura no lograba ser apuesta ni tan siquiera con el sobrio uniforme gris plomo, de tejido metálico. Sus huesos se marcaban casi grotescamente contra su guerrera. Saludó marcialmente a su jefe.

—Hola, señor —dijo escueto—. ¿Novedad?

—Ninguna, Gee. Todo en orden. Los reclusos han cenado. Se retiraron sin problemas a sus celdas. Están viendo el videoprograma local. Pero lea el informe del teniente Colé, por favor. Hay problemas con un comunicado del Comité de Derechos de los Convictos. Quizá llegue durante su guardia. Intercéptelo el mayor tiempo posible. Lo mejor será retenerlo aquí, y darme el informe en cuanto lo reciba, ¿está claro?

—Como la luz de las estrellas, señor —sonrió significativamente su subordinado—. Acabo de escuchar el teleinforme galáctico, por el Canal Oficial de Seguridad. Sé lo de Alfa-3, señor Ross. Lo han detallado minuciosamente. Hubo que enviar un cuerpo especial contra disturbios graves. Y hay heridos y destrozos.

—Sabía que lo entendería, Gee. No quiero que eso se repita en ese lugar, la verdad. Lo dejo en sus manos. Sé que es lo bastante eficiente para ello, muchacho.

Le palmeó afectuosamente el hombro y se retiró, dejando a su subordinado al cargo de los controles de seguridad. Con un bostezo de aburrimiento, Lyman Gee se dispuso a abordar lo que se presenta como una noche rutinaria de servicio.

Pero no iba a ser como él imaginaba, ni mucho menos.

Ni mucho menos, ciertamente. Porque la muerte —una forma horrible y pavorosa de muerte y destrucción, estaba allí latente, flotando invisible sobre todos ellos.

La muerte que sembraba un asesino insólito y fantástico que nadie podía siquiera imaginar…

3

—Ya llegamos —dijo Roy Drake, señalando ante él—. Ese es el asteroide Epsilón-15.

—Pues hemos llegado antes de lo previsto, Roy —comentó su compañero.

—Aceleré la marcha para terminar cuanto antes esta misión —suspiró Drake, pensativo, contemplando la capa gaseosa que envolvía el asteroide, revelando la presencia de aire respirable en el cuerpo celeste, cercano al planeta Hydra. El resplandor dorado de éste prestaba a algunas zonas del asteroide una coloración extraña, como si fuese un pedrusco de plata sucia salpicado de motas de oro puro—. Hay algo en ello que no me gusta, y quisiera terminarlo lo antes posible. Si es que podemos, claro.

—De modo que han pasado sólo dos jornadas, y ya estamos aquí…

—Dos para nosotros. Para el asteroide, fueron sólo veinte horas de su día. Ahora están en plena noche, disfrutando del reposo la mayor parte de sus habitantes, incluidos sin duda sus dos reclusos de lujo…

—¿Dos… de lujo? —se sorprendió Ilya.

—Así es. El propio asteroide es un lujo hoy día. Está planteado como una prisión espacial de alta seguridad para delitos gravísimos dentro del núcleo de la Federación Galáctica. Ello significa que muy pocos criminales, una élite tristemente especial, puede ir destinada a sus celdas. Hoy día, sólo una pareja de supercriminales ocupa sus lujosas pero herméticas celdas de las que se dice que es virtualmente imposible huir.

Y ellos son…?

—-Uno, un criminal temible, un psicópata peligroso, cruel y violento como pocos. Autor de diez brutales asesinatos probados, entre ellos los tres mercaderes de la Federación, en viaje del planeta Troya a la Galaxia de las Hespérides. Y dos mujeres indefensas, en una intersección cósmica de bionaves turísticas del Complejo Planetario Olympus.

—Es horrible… ¿Y el otro condenado cautivo en el asteroide?

—No sé. Ignoro su nombre y filiación. Pero ha de ser más o menos semejante al otro. Un monstruo asesino de la peor especie imaginable. En Epsilón-15 sólo se alojan reos sentenciados a prisión perpetua. Antes fue aún peor. Se internaba en ellos a los que debían ser ejecutados de forma sumarísima. Al ser suprimida la pena capital en la Federación por presiones del Comité de Derechos y por el Partido Humanista, se destinó exclusivamente a los de cadena perpetua. Esa es la clase de horrible mundo donde vamos a

introducirnos durante un tiempo que espero sea lo más breve posible…

Y presionó el teclado de mandos de la nave, para iniciar el descenso hacia el asteroide y su toma de tierra firme.

* * *

La doctora Zaya terminó de anotar los datos clínicos de su paciente, internada en la unidad de neuroterapia, tras la hermética plancha de fibra cristalina desde la que podía seguir todo el curso de su estado gracias a los indicadores eléctricos situados en el muro. Sabía que lo mejor era que la paciente no viese a nadie en tomo suyo, pese a que no reaccionaba ante persona alguna. No podía oírles, ella no podía hablar, y su cerebro trabajaba a ritmo muy reducido, pero sí podía ver a la perfección y durante gran parte de su estado de coma tenía los ojos abiertos, fijos en el vacío y carentes de expresión.

La doctora había juzgado que, en tales circunstancias, era mejor el aislamiento total de la paciente en la cámara de neuroterapia adecuada. La puerta del pabellón clínico se abrió. Entró un hombre de ropas oscuras, expresión afable y cráneo brillante, desprovisto de cabello en su totalidad. Sonrió a la doctora, haciéndole un gesto para que siguiera con su tarea a pesar de su intromisión.

—No, no se moleste por mí, doctora Zaya —dijo suavemente—. Sólo quería saber cómo estaba su joven paciente.

—¿Iris? No reacciona favorable ni desfavorablemente. Sigue en coma, profesor Orwell.

—Entiendo —afirmó despacio el profesor Karl Orwell, especialista en investigaciones espaciales y científico de primera fila—. Conozco a esa muchacha bastante. Coincidimos una vez en la Tierra, en el Centro de Experiencias Biocibernéticas. ¿Cómo ha podido sucederle tal cosa?

—Lo ignoro por completo. El comandante Hyder lo está investigando sin mucho resultado hasta ahora, aunque imagina que se debe relacionar de alguna forma con la desaparición de Rick, su compañero de Mantenimiento.

—Ya. Es extraño que alguien desaparezca en el asteroide. Este es un recinto muy pequeño, donde no hay demasiados sitios en que ocultarse, doctora.

—Estamos de acuerdo, profesor, pero ésos son los hechos —admitió ella, encogiéndose de hombros—. Tras una pausa, indagó del profesor Orwell—: ¿Cómo van sus experimentos y trabajos en ese nuevo ingenio de que me han hablado?

—¿En el Génesis? —El profesor movió la cabeza, dubitativo—. No progreso demasiado, la verdad. Es un empeño demasiado ambicioso. Tampoco espero logros inmediatos, ésa es la verdad. Aunque…

Se detuvo, sin continuar. La doctora le miró, enarcando sus finas cejas sobre los bellos ojos color café.

—¿Aunque...? —repitió ella, expectante.

—Oh, nada especial, créame. Mi ayudante, el joven Logan, creyó haber percibido actividad en el Génesis la otra noche. Naturalmente, debió ser una falsa alarma. No ocurría nada de nada. Hubiera sido demasiado esperar.

—¿Qué quiso decir con eso de «actividad»?

—Bueno, usted sabe de lo que trata mi investigación y lo que pretendo con ese ingenio, doctora. Los planetas se están quedando sin alimentos por la superpoblación, la contaminación de los desperdicios nucleares en el espacio y todo eso. Sería realmente maravilloso poder repetir el milagro del pan y los peces. Eso es lo que busca el Génesis. Si logramos revolucionar la genética hasta el punto de que la cadena biológica se altere lo suficiente, habremos conseguido el sueño de la Humanidad: darle a los alimentos vivos, como el pescado, las aves y las carnes, las dimensiones adecuadas para alimentar diez o cien veces más a los pueblos del Universo habitado y colonizado. Así evitaremos tragedias como la huelga por hambre en Casiopea o las luchas tribales en Plutón a causa de la muerte de los animales comestibles por las radiaciones cósmicas.

—Sé lo que persigue, profesor. Pero ese crecimiento tendría que controlarse mucho, en caso de que su aparato resultara un éxito, ¿no cree? Podría ser un auténtico fabricante de..., «monstruos».

—Por favor, doctora, usted no —rechazó tristemente el profesor —. Usted no puede asustarse por los progresos de la ciencia. Pertenece a la propia ciencia y no hay nadie más lejos que yo de ser un doctor Frankenstein. Jamás crearía un monstruo, usted lo sabe.

—Claro que lo sé, profesor —le sonrió ella, dulcemente, apoyando una mano suave y sensible en el brazo de Orwell— . No trato de ofenderle ni de rechazar los métodos científicos para resolver los problemas vitales de mi época. Lo que sugiero es que si el Génesis resulta positivo, deberá manipularlo muy precavidamente para evitar un error irremediable.

—Por supuesto. No pretendo convertir a los animales comestibles en verdaderos dinosaurios modernos que, en vez de servimos de alimentos, sean al fía y a la postre nuestros devoradores. Las experiencias se hacen con animales muy pequeños, como una hormiga o una oruga, y que se controla su crecimiento minuciosamente. No hemos llegado muy lejos, la verdad. La genética es difícil de alterar. No se puede desarrollar excesivamente a un ser vivo, sin causarle graves daños biológicos. Lo importante sería un crecimiento programado y controlado, la creación de familias de animales cuyos genes heredados les hiciese nacer y crecer más grandes, como algo

perfectamente natural. Pero el aparato está dotado de un cerebro electrónico sumamente sensible y complejo, capaz de programar y de controlar cualquier mutación que se produzca dentro de su cámara de alteración genética. Por sí mismo destruiría cualquier alteración peligrosa para el equilibrio natural.

—¿Y esa «actividad» que citó su ayudante, profesor? —insistió ella.

-—Totalmente imposible —sonrió el profesor, encogiéndose de hombros—. Cuando él creyó percibir algo de actividad dentro del Génesis, la otra noche, la cámara interior de la máquina estaba *vacía*. No teníamos ningún animal sometido al experimento, de modo que la cámara no pudo actuar, sencillamente porque no tenía nada ni nadie sobre quien hacerlo.

—Eso me tranquiliza algo más —suspiró la doctora Zaya—. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Anoche, doctora. Y ya sabe lo que aquí quiere decir «anoche» —sonrió el profesor vagamente—. Eso de, que los días y las noches tengan aquí veintidós horas de duración... es algo a lo que no me habitúo fácilmente, la verdad.

—Anoche... —repitió la doctora, pensativa—. Es cuando ocurrió lo de Iris y Rick...

—Lo sé, lo sé. A primera hora de la noche, exactamente. Logan, mi ayudante, me despertó con la ridícula idea de que había alguna actividad en el Génesis. Me levanté y comprobé que el ingenio estaba perfectamente inactivo, y vacío su interior. Tenía sus indicadores activos r cero, y las esferas inmóviles. Logan se mostró avergonzado. Creo que se había adormilado un rato durante el trabajo, y se imaginó todo eso entre sueños. Entonces oímos la sirena de emergencia en el centro penitenciario, y supimos que algo raro sucedía.

—Evidentemente, era la noche de los misterios, profesor —dijo la doctora, meditativa—. Logan cree ver funcionar el aparato de alteración genética, sin nadie a quien alterar... Rick desaparece sin dejar rastro... y la muchacha, Iris, aparece en estado de coma, víctima de un extraño e inexplicable shock mental.

—Me gustaría poderle ayudar en algo, doctora —dijo el profesor, tras una corta pausa.

—Se lo agradezco, pero no es posible. Si quiere ver a la paciente... Pero ella no conoce, no siente, no reacciona ante nadie. Venga, por favor.

Le hizo pasar tras el panel vitrificado y translúcido, en la cámara de neuroterapia. Un foco azul, de ondas cerebrales sedantes, se proyectaba sobre la parte superior del cráneo de Iris, tendida e inmóvil en un lecho de suave espuma. Los indicadores de constantes vitales funcionaban con regularidad. Un encefalograma

estereoscópico, mostraba en una pantalla las zonas inactivas de su cerebro. Por fortuna, el estado de sus neuronas era normal, sin ningún deterioro irreversible.

—Pobre muchacha... —murmuró el profesor, inclinándose hacia ella, solícito, y examinando sus inertes pupilas, su rostro terso y en reposo—. ¿Cree que puede verme?

—No lo sé. Conserva la capacidad visual, ya lo advierte en ese gráfico del encéfalo. Pero ignoro si es sensible a la identidad de quienes sus retinas captan. Hasta el momento, no ha reflejado emoción alguna ante nadie, por lo que... ¡Eh, *un momento*, profesor! ¿Qué es *eso*?

El profesor Orwell dio un leve respingo de sobresalto al elevar la doctora el tono de su voz, con cierto cariz de alarma. Se volvió para mirarla, algo asustado.

—¿Qué ocurre, doctora? —demandó.

—Mire, profesor... El indicador de actividad cerebral, por favor...

Orwell clavó los ojos en una pantalla. Repentinamente, el gráfico de actividad mental de la paciente había sufrido una brusca alteración, apareciendo ondas de gran longitud y movimiento, en un zigzagueo excitado. Un contador dígito hizo desfilar con rapidez una serie de cifras rojas que ella observó, sin pestañear.

—Parece que algo la hace reaccionar —murmuró el científico—. ¿Qué es?

—No lo sé, pero juraría... *que es usted*.

Frunciendo el ceño, el profesor se acercó de nuevo a Iris. La examinó de cerca. Respiró hondo. Los ojos azules y fríos, distantes e inexpresivos, parecían realmente tan fijos en él...

Se apartó, moviendo la cabeza. Su voz sonó alterada:

—No lo entiendo... Parece mirarme, sí..., de un modo raro.

—Así es, profesor. Su presencia ha logrado conmover su mente en trance. Me pregunto por qué...

—Yo también, la verdad. No tiene mucho sentido para mí que esa jovencita reaccione de tal modo.

—Ni para mí...

El profesor siguió su examen de la muchacha durante unos instantes más. La actividad cerebral seguía registrándose nítida en los sensores de control médico. La doctora hizo una serie de rápidas anotaciones.

Luego, de repente, ambos se sobresaltaron, girando la cabeza hacia un punto del pabellón clínico donde sonaba, persistente, un fuerte zumbido, y parpadeaba con violenta rapidez una potente luz roja.

—i Dios mío! —gritó la doctora Zaya—. ¡La alarma otra

vez! ¡Algo está ocurriendo, profesor!

* * *

El teniente Colé dominó lo mejor posible sus violentas náuseas. Se volvió hacia su acompañante, el celador jefe, Kelly Ross, tan lívido y descompuesto como él mismo.

—Cielos, ¿qué significa *esto*, Ross? —preguntó roncamente, apoyado en el muro, sosteniendo en su mano la pistola electrónica capaz de perforar un muro de acero o de reventar en mil pedazos a un ser humano, si la carga era intensificada por el dedo sobre el gatillo regulador hasta el punto de destrucción total.

—Que Dios nos asista, teniente, sé tanto como usted..., pero es *horrible*. Realmente horrible... Pobre Lyman, pobre muchacho...

El teniente no dijo nada. Respiró con fuerza, tragando saliva, la mirada hipnótica fija en aquel cuerpo que yacía ante ellos en el cuarto de guardia de la zona de celdas.

—Eh, ¿qué mil diablos ocurre ahí afuera? —bramó desde detrás de una de las puertas de máxima seguridad la voz de un preso—. ¿Qué es lo que está pasando para que suene la alarma y se oigan esos gritos y carreras, por todos los diablos? ¡Vamos, respondan, malditos sean! ¡Tenemos derecho a ser informados si existe algún peligro ahí fuera! ¡El Derecho Interestelar nos protege!

—El maldito Harían tiene razón —farfulló roncamente el oficial, pasándose una mano por el rostro, repentinamente sudoroso y crispado—. Si presentan una queja oficial a través del informe semanal al Centro más próximo, el Comité puede armar mucho jaleo y destituirnos a todos de modo fulminante por no respetar los derechos de esa sucia escoria de presidio...

—Pero antes... tendríamos que saber *nosotros* mismos qué es lo que sucede, teniente —gimió con voz ahogada el jefe de celadores, Kelly Ross.

—Eso es cierto —asintió Colé, dominando de nuevo su sensación de náuseas al mirar el cuerpo abatido a sus pies. Elevó la voz y gritó, en respuesta a las exigencias del penado Ward Harland—: ¡Cierra tu sucia boca de una condenada vez, hijo de perra! ¡Si sucede algo, estamos investigando qué pueda ser ello! ¡Tendrás cumplida información en su momento, para que puedas reclamar al Comité lo que te dé la gana, asqueroso bastardo del demonio!

—Espero que sea así, oficial... o juro que en mi próximo informe regular diré los abusos que están cometiendo, para que los cesen a todos en este puerco asteroide...

Una risotada soez siguió a estas palabras. Colé y Ross se miraron en silencio. Luego, volvieron a contemplar aquel horror que yacía a sus pies. Era todo lo que quedaba del que fuera en vida Lymann Gee, segundo celador de la galería de penados.

Daba verdadero espanto contemplarlo, e incluso olerlo. Un frío hedor subía del cuerpo, mezclado con aquel vaho amarillento que brotaba de sus destrozadas ropas y de su cuerpo bañado en sangre, desgarrado y triturado en parte por algo particularmente feroz, como la garra de una bestia. Pero ningún animal, ni siquiera en los planetas dejaba aquel apestoso y helado vapor en sus víctimas. Además, en Epsilón- 15 no había animales de ningún género.

La cabeza era lo más espantoso. Aún se reconocían las facciones del infortunado Gee, pero su cráneo aparecía totalmente descarnado, como escapado, sin cuero cabelludo, el hueso astillado y agrietado, dejando ver un horrible boquete por el que se descubría su vacía bóveda craneana, de la que había sido extraído el cerebro, como absorbido por un poder maligno. Residuos de masa encefálica reventada, colgaban repulsivamente de las astillas del occipital, entre cuajarones de sangre negruzca.

Parte del rostro había sido también devorado por aquella fuerza inexplicable, rasgando piel y músculos, dejando parte de la calavera al descubierto. Y por el boquete atroz del pecho se habían extraído hasta intestinos, que colgaban como grotescas cintas sanguinolentas, entre residuos de bazo, hígado y pulmones, en un charco de sangre.

Ni señal de quemaduras o desgarros propios de un arma de fuego, ya fuese electrónica o térmica. Ni huella de arañazos o de zarpazos, como pudiera haber dejado un hipotético animal sanguinario. Nada de nada. Todo limpio, pero brutal, como si un poder inmaterial fuese capaz de reventar a un hombre y de succionarle su sangre, sus vísceras, sus órganos vitales, devorando su piel, su carne y sus cabellos...

Alrededor del pobre Lyman Gee, los instrumentos de la cabina de control penitenciario aparecían intactos. Nadie había dañado o tocado instrumental alguno. Las pantallas, inmutables, seguían mostrando el corredor en calma, las puertas herméticas de las dos celdas, tras una de las cuales, Harían había vociferado, mientras su compañero de condena permanecía mudo aún, tras la segunda puerta.

—¿Quién..., qué persona o cosa pudo hacer esto? —gimió el teniente Colé, trémulo.

—Lo ignoramos, teniente —jadeó Kelly Ross—. No hay huellas..., ni hacia aquí ni hacia fuera.

—Y eso que la sangre lo encharca todo. ¿Cómo el agresor, el maldito asesino, no pisó la sangre ni dejó huellas en el corredor al huir? —murmuró el oficial.

—No lo sé, pero tenemos esas pantallas de video, teniente. Podemos pasar la grabación. Forzosamente, los objetivos de las cámaras de control han tenido que tomar la llegada o la partida del criminal, e incluso tal vez, con un poco de suerte, la escena misma del crimen.

—Cierto. Usted proyecte el video mientras informo al comandante Hyder de todo esto —dijo Colé, haciendo funcionar en ese momento la alarma en todo el recinto.

4

El comandante Hyder, rodeado por la doctora Zaya, el profesor Orwell, el celador jefe Kelly Ross, el teniente Cole, el encargado de suministros y transportes de Epsilón-15, Gene Cox, y de la hija del profesor Orwell, la joven y atractiva Lynn Orwell, colaboradora de su padre en toda clase de experimentos y trabajos científicos, permanecía inmóvil, la mirada fija en las pantallas de video, el rostro hermético, tenso, la boca crispada y el mentón encajado.

Terminó el pase de las cintas de video grabadas durante el tiempo de servicio del infortunado Lyman Gee. Un profundo, estupefacto silencio, se hizo en la cámara.

—Nada... —jadeé al fin la voz ronca del teniente Colé—. No hay nada ahí...

Todos se miraron entre sí. Las pantallas estaban ya en blanco.

—No ha entrado ni salido nadie en la cabina de control celular durante la guardia de Gee —manifestó glacialmente la voz el comandante Hyder—. Sin embargo, él está muerto de forma violenta, destrozado y medio devorado por algo o alguien que penetró en ese recinto esta misma noche. La pantalla, los objetivos de televisión no han captado nada. Todos sabemos que eso es absurdo. Pero lo hemos podido ver con nuestros propios ojos. Y, por desgracia, el ataque a Gee, se produjo fuera del campo visual del objetivo de televisión.

—Pero Gee no pudo atacarse a si mismo... —objetó apagadamente Kelly Ross.

—Claro que no. Alguien lo hizo. Pero ustedes mismos lo han visto: no hay huellas, no hay constancia de presencia viviente alguna. No tiene sentido, es un disparate..., pero es así, nos guste o no.

Siguió otro silencio mortal que nadie se atrevía a romper. Los ojos continuaban fijos en las vacías pantallas, como si todavía fuera posible ver reflejada allí la inexplicable realidad de lo sucedido, la clave del enigma enloquecedor que significaba para todos la muerte horripilante de Lyman Gee, unida a la desaparición de Rick y el shock sufrido por la joven Iris.

Por fin, el comandante Hyder se puso en pie. Fue al comunicado!

y conferenció con la fuerza militar que protegía los accesos a la zona habitada del asteroide, así como con el retén, de guardia en la prisión. Pareció recibir noticias satisfactorias, porque cortó la comunicación tras comprobar que las fuerzas estaban en estado de alerta, y la vigilancia en torno al recinto y dentro de éste era absoluta y total.

—Nadie entró ni salió de la zona —informó a los demás—-. Por tanto, sea lo que sea lo que mató a nuestro amigo Gee está aquí dentro. Es posible que nos enfrentemos a un asesino a quien no se puede ver, pero ni siquiera un ser invisible podría cruzar las redes de ojos electrónicos, rayos láser y barreras eléctricas de alta tensión, sin provocar, cuando menos, un cortocircuito y el disparo automático de todos los sistemas de alarma máxima.

—Sí, eso parece obvio. Pero si tenemos a ese monstruo *dentro* del recinto celular y de mantenimiento de la base, ¿dónde puede ocultarse o por qué no es visible ante las cámaras de televisión?

—Lo ignoro, teniente Colé —confesó el comandante, sombrío—. Puede tratarse de un fenómeno de neutralización de ondas hertzianas. Pero lo extraño es que tampoco deje huellas ni pise la sangre que lo salpica todo. Es prácticamente imposible no tocar un punto de ese pavimento donde haya sangre. Pero ha sucedido.

—¿Podría ser un asesino *con* alas? —sugirió suavemente la doctora Zaya.

—¿Con alas? ¿Se refiere a... a un pájaro, doctora? —se asombró el comandante, volviéndose hacia ella.

—Me refiero a alguien con alas, no necesariamente un pájaro. Hoy día, con los avances científicos, un ser humano podría volar. Incluso sin alas, comandante. Bastaría con algún procedimiento capaz de mantenerle flotando en el aire.

—No deja de ser una teoría interesante —admitió filosóficamente el profesor Orwell, que se acercó a ellos rodeando coa su brazo los hombros de su joven hija, Lynn—. Hoy día es factible fabricar un simple cinturón provisto de pequeños turborreactores que puedan desplazarle a uno por el aire en distancias limitadas.

—Pero esos turborreactores dejarían señales electrónicas en los sensores de detección de seguridad —rechazó vivamente el comandante—. Recuerda que el crimen ha tenido lugar en una zona muy vigilada, donde existen toda clase de sofisticados sistemas de seguridad y control. Un ingenio de tipo electrónico siempre sería detectado.

—Eso es cierto —admitió el profesor Orwell, pensativo—. Sólo las alas de Ícaro podrían no ser detectadas aquí. Pero nadie vuela con esa clase de procedimientos ni siquiera en la actualidad. Y para crear un mecanismo volador que neutralizase los campos magnéticos y no fuese detectado, harían falta muchas investigaciones, pruebas y recursos

técnicos. Por otro lado, provocaría sin remedio alguna interferencia en los videos. Cosa que no hemos advertido.

—Por tanto, ¿qué pudo ser lo que mató de esa horrible forma a Gee? —murmuró Kelly Ross, angustiado.

—Evidentemente, algo vivo —terció la joven hija del profesor con voz suave—. Un ser viviente que pisó sin dejar huellas, que no fue detectado por los objetivos de televisión… y que tiene tendencias caníbales muy acusadas.

—Cierto, señorita Orwell —afirmó el comandante Hyder—. ¿Existe esa clase de ser?

—No lo creo —suspiró ella—. AI menos, no en los planetas conocidos. Pero pudo llegar de más lejos. De las estrellas… y anidar entre nosotros sin ser advertido.

—¿Qué sugiere con esas palabras? —se interesó vivamente la doctora Zaya, acercándose a la muchacha.

—Pues yo creo que…

En ese momento, un suboficial de servicio apareció, saludando militarmente al comandante Hyder e informándole escuetamente.

—La nave patrulla de investigación y Seguridad acaba de posarse en el cosmodromo, señor. Los oficiales de servido Roy Drake e Ilya Kerr solicitan permiso para ser recibidos de inmediato

—Hágalos pasar, pronto —suspiró el comandante—. Han venido para investigar un misterio… y se van a encontrar con dos.

En ese preciso instante, un zumbido de alarma sonó nuevamente, y una roja luz parpadeó sobre un tablero numerado. Todos se volvieron, sobresaltados, clavando sus ojos en el detector que pestañeaba con un destello escarlata vivísimo.

—¡La alarma de nuevo! —clamó el teniente Colé, alterado.

—¡Dios mío! —jadeó el profesor Orwell palideciendo—. ¡Y esta vez es en mi laboratorio! ¡Pronto, hija, vamos allá! Logan está solo en el recinto… y algo ocurre allí.



Roy, Drake e Ilya Kerr cambiaron una rápida mirada. Se pusieron tensos, llevando instintivamente la mano a sus armas reglamentarias, ajustadas en sus respectivas fundas, —Eso es alarma general —dijo Drake-—. Algo sucede en el recinto penitenciario, Ilya.

-—Vaya, parece que vamos a pasarlo movidito en este feo pedazo de piedra —comentó su compañero con ironía—. Apenas llegamos, ya nos dan la bienvenida a su modo…

Vieron los retenes militares correr por el exterior del recinto penitenciario y sus zonas residenciales, rodeadas por la cúpula de

vitrofibra que servía para aislar la colonia terrestre de toda contaminación cósmica y para purificar adecuadamente el aire respirable de! asteroide, así como para proteger a sus habitantes de las rigorosas inclemencias climáticas del exterior, sobre todo en sus largas y gélidas noches. Ese clima, posiblemente, unido a la esterilidad pétrea de aquel gran peñasco cósmico, hacía imposible la vida animal en Epsilón- 15, y muy escasa y rala la vegetal.

Dentro de la zona colonizada, las luces rojas parpadeaban ya por doquier, dando aviso general de alerta máxima. Por otro lado, el zumbido de las sirenas se había hecho repetido e irritante, a pesar de los sistemas de acolchamiento de sonido dentro de la base terrestre.

Un suboficial, el mismo que les recibiera, salió a la carrera, muy pálido, a la sala de espera del cosmodromo de Epsilón-15, donde ambos aguardaban. Les hizo una seña apremiante.

—¡Síganme, por favor! —rogó—. Están sucediendo cosas terribles aquí dentro…

Drake y Kerr le siguieron a la carrera, penetrando con él en uno de los turboascensores que conducían a las cámaras de dirección y control de la penitenciaría espacial. Llevaban ahora sus armas en la mano, e iban dispuestos a todo. Aquellas pistolas de reglamento eran capaces de disparar cargas adormecedoras, letales o corrosivas, según los casos, y ellos no dudarían en utilizarlas, llegado el caso.

—¿Qué sucede, exactamente? —quiso saber Drake, mientras eran conducidos al interior de la estación cósmica, en su nivel más alto, destinado a los servicios de seguridad y control.

—Cosas espantosas e inexplicables —murmuró el sargento Holt—. Además de los hechos misteriosos por los que fueron llamados, ha ocurrido esta misma noche un crimen atroz, del que fue victima un celador de servicio. Y no hace todavía unos minutos, la alarma roja sonó en los laboratorios de investigación espacial del profesor Orwell.

—¿Orwell está destinado aquí? —se sorprendió Drake.

—Sí. Al parecer, ocurre algo grave, porque el propio comandante Hyder ha sido requerido allí con urgencia, y me ha pedido que les lleve directamente a ustedes dos al laboratorio, sin pérdida de tiempo.

—Lo que te dije, Roy —sonrió Ilya con su habitual sentido del humor—. Nos dan la bienvenida en toda regla. Esta gente no se aburre nunca, es evidente.

El sargento Holt le miró de soslayo, algo ceñudo ante la broma que él no parecía entender ni compartir, pero permaneció silencioso hasta que el turboascensor se detuvo en seco, se deslizó su puerta, y el sargento invitó:

—Adelante. Hemos llegado al laboratorio experimental del profesor Orwell.

—Me pregunto qué nos espera ahí en estos momentos —gruñó

Ilya Kerr entre dientes.

Los dos patrulleros penetraron en un fantástico mundo científico donde la mayor confusión imaginable parecía reinar en esos momentos.

Todas las instalaciones del profesor, cubriendo largas mesas, muros y estanterías, así como las complejas computadoras y analizadoras electrónicas, formaban un ámbito complicado y sofisticado, en el que sin duda el investigador se movería como pez en el agua, pero donde profano virtual- mente se sentía perdido.

Allá en medio de la nave, rodeando un determinado punto, se hallaba un grupo de personas. Drake observó que dos de ellas eran mujeres, y el resto hombres. Al oír las pisadas firmes de las botas de los patrulleros espaciales sobre el pavimento del laboratorio, se volvieron todos hacia la joven pareja recién llegada del espacio.

—Dios sea loado, al fin están aquí —resopló el hombre fornido coa distintivo de comandante en jefe de base espacial. Les saludó militarmente, con expresión sombría en su enérgico rostro—. Vean: llegan justo a tiempo de ver el último desastre...

Drake y Kerr dirigieron una mirada hacia el punto de confluencia de las miradas de toda aquella gente. Una convulsión agitó a Roy. y por su parte, Ilya exhaló un gemido ronco y tuvo que dominar un fuerte impulso de vomitar.

El espectáculo era espantoso, aterrador.

Un cuerpo humano horriblemente mutilado, sangrante y desgajado, yacía en medio del laboratorio, sobre un espeso charco rojo. Brazos y tronco aparecían como mordidos brutalmente por una bestia desconocida, tales eran sus desgarros y la aparición de vísceras sangrantes por los boquetes abiertos en el cuerpo por una fuerza brutal e ignorada. El cráneo del infeliz era lo peor de todo. Casi abierta en dos, machacada y reventada, mostraba un globo ocular colgando de la órbita, mientras el otro se había reventado y pendía, sanguinolento e informe, del correspondiente nervio óptico, fuera de una ennegrecida cuenca. Nariz, boca y orejas, se hallaban arrancadas virtualmente del resto de la cara y medio trituradas. La masa encefálica y la sangre, chorreaban encima del rostro humano apenas reconocible.

—Cielos, ¿qué es eso? —jadeó Drake, palideciendo lleno de horror.

—Era un hombre, agente —explicó con amargura el profesor Orwell—. Mi ayudante Lee Logan. Se quedó solo en el laboratorio mientras yo asistía a una reunión de emergencia en el cuartel general de mandos de la base celular. Y ahí tienen lo que queda Se él...

—Pero..., pero, ¿qué ha sucedido? ¿Qué clase de ataque ha sufrido ese desdichado?

Era Ilya quien preguntaba, con voz ronca e insegura, tratando de dominar lo mejor posible la intensa náusea que le asaltaba.

—Nadie lo sabe —suspiró el comandante Hyder—. Es la segunda victima que ofrece tal aspecto. Ya van dos personas asesinadas en este asteroide con igual apariencia horrible. Eso, unido en las últimas horas a la desaparición inexplicable de Rick, nuestro técnico en mantenimiento, y al trauma sufrido por su compañera Iris, que sigue en coma...

Drake contempló de cerca el cadáver mutilado y destrozado, Luego miró en torno, con cierta perplejidad.

—No hay huellas —dijo, frotándose el mentón—. Nadie dejó el menor rastro ni pisó la sangre al atacar al hombre, pese a la cantidad de ella que se derramó...

—No es la primera vez que sucede así, agente —confesó con tristeza Hyder.

—El asesino no sólo parece invisible, sino que es inmaterial, no deja señal de su paso, no toca nada ni deja pisadas —explicó el teniente Colé.

—¿Existe alguien así? —dudó Drake arrugando el ceño.

—En buena lógica, no —negó una de las mujeres, que se presentó a continuación—. Soy la doctora Zaya, agente. Me ocupo de las tareas médicas en la base. El examen de los cadáveres demuestra que fueron víctimas de un feroz ataque por parte de alguien de fuerza nada común. Pero a pesar de los destrozos, no existe señal de garras o colmillos. Por tanto, ignoro qué método sigue para mutilar y destrozar a sus víctimas.

—Parece haber vísceras incompletas..., como *mordidas* —susurró Ilya.

—Así es —convino la doctora mirando al joven patrullero—. Extraño, ¿no? Aquí no hay animales de ningún género. No sobreviven en Epsilón-15.

—¿Un caníbal ¿Un humano que devora a sus semejan- íes? —su| rio Drake.

—Sí, pero ¿quién? ¿Dónde está esa hipotética y horrible criatura? —dudó el comandante Hyder—. Mis hombres están recorriendo toda la base en busca de algo anormal. Hasta el momento, no han dado con ello, agente.

—¿Quién ha sido la otra víctima? —se interesó Drake.

—Un celador de servicio. Le asaltaron de forma parecida, cuando estaba haciendo su turno de guardia ante las celdas de los condenados. También sin huellas ni señales de su paso. Es más: había una grabación en video de los circuitos de televisión del control en la zona. La hemos pasado hace poco. —¿Y...?

—No apareció nada en pantalla. Nada ni nadie. Si algo ó alguien

atacó al celador Lyman Gee, como es obvio, no lo captó la cámara entrando ni saliendo de la zona.

—Ya. —Drake e Ilya cambiaron una mirada de perplejidad y desconcierto, pero ninguno formuló comentario alguno. El joven patrullero añadió, tras una pausa—: ¿Había alguien cerca de este laboratorio cuando ha sucedido el último crimen?

—Nadie —negó el profesor—. Mi hija Lynn y yo estábamos con los demás, en el centro de mando. Entonces sonó la alarma. Temí que sucediera esto. Es muy penoso que hayan asesinado dé esta forma al pobre Logan, agente, pero también deberíamos prestar atención a lo demás.

—¿Lo demás? —repitió Drake—. ¿A qué se refiere, señor?

—Soy el profesor Karl Orwell, investigador científico de la Comisión de Estudios del Espacio —se presentó el sabio—. Mis últimas experiencias se basan en la creación de un ingenio llamado Génesis, con el que pretendo alterar la herencia genética de ciertas especies, aumentando así la reserva natural de alimentos en los planetas donde hay animales comestibles.

—¿Qué puede tener que ver ese ingenio suyo con todo esto, profesor? —indagó Drake.

—No lo sé. Pero ha desaparecido.

—¿Qué? —demandó el patrullero, sorprendido.

—Ha desaparecido. Pero la presencia del cuerpo de Logan ha hecho pasar a segundo plano ese hecho, agente. Lo cierto es que cuando hemos llegado y hallamos el cadáver de mi ayudante en ese estado... el Génesis ya no estaba en el laboratorio. Ha desaparecido sin dejar el menor rastro.

5

Roy Drake terminó su examen del segundo cadáver, y pasó al pabellón clínico a ver a la paciente. Estuvo unos minutos contemplando a Iris, inmóvil como siempre en la mesa, bajo el foco de ondas sedantes. Trató de hablarle y de obtener algún gesto, alguna palabra de la paciente, pero fue en vano. Ni el nombre de Rick ni la mención al profesor Orwell dieron resultado. Esta vez, nada se activó en los indicadores.

—Parece que ha empeorado ligeramente —señaló con preocupación la doctora Zaya, tomando rápidas notas e intensificando el grado de ondas sedantes para la mente—. Sin duda es el efecto del sedante sobre su cerebro el que la mantiene más ausente de las cosas que la rodean.

—Usted dijo que se excitó ligeramente al recibir la visita del profesor...

—Así es. Puede que tras esa leve crisis, se haya relajado más aún.
—¿Teme por se vida?

—de momento no,

—¿Y por su salud mental?

—Eso es distinto. —La doctora se encogió de hombros con aire cansado—. Nunca se sabe cómo puede reaccionar un cerebro humano. Depende de lo que nos oculte ahí dentro.

—Entiendo. Si tiene un momento de lucidez y dijese algo..., ¿se podría saber?

—Por supuesto. He conectado nía grabador de sonido e imagen. El videotape se pondrá automáticamente en funcionamiento si ella despega los labios una sola vez.

—Bien, doctora —suspiró el agente Drake—. No creo que haya más que ver aquí, por desgracia.

—Ella es muy bella, Roy —apunté Ilya, contemplando a la joven inmóvil—. Aún más bella que en el informe...

—Así es. Lástima que se halle en ese estado... —Drake meneó la cabeza, moviéndose hacia la salida—. Ya hemos visto todo por el momento Ilya. Volveré al laboratorio del profesor Orwell.

—¿Hay algo realmente importante allí, a juicio suyo? —indagó la doctora Zaya.

—Si lo hubo alguna vez ya no está en el laboratorio —sonrió Drake.

—¿Se refiere a,..?

—Sí, me refiero a ese Ingenio que ha creado el profesor.

—¿El Génesis?

—-SI, así creo que lo llama. Para mí, sólo existió un Génesis en el Universo. El de Dios. Los científicos, a veces, se quieren sentir dioses también.

—No creo que el profesor quisiera llegar tan lejos —sonrió la doctora—. Le puso ese nombre por cuestión de los genes y la genética en sí. Su idea es alterar la evolución de las especies, alterar la herencia de cromosomas y convertir los pequeños animales comestibles en criaturas de mayor tamaño para resolver el hambre en los mundos habitados. Y también para aumentar, quizá, las cosechas futuras, si resultase igualmente en las formas de vida vegetal.

—Eso podría crear monstruos.

—No aquí, agente —rechazó ella—. No hay animales en Epsilón-15, ¿no lo sabia?

—Si. Pero con algo experimentaría el profesor...

—Orugas, hormigas que él mantiene en recintos cerrados. Escasos ejemplares y bajo control. Temo que si considera al profesor un moderno Frankenstein, está en un error.

—Eso nunca se sabe. Ese muchacho que trabajaba con él murió

víctima de algo poderoso y terrible. También el celador. Y el Génesis ha desaparecido. ¿Quién pudo llevárselo y por qué? Eso es lo que quiero averiguar, doctora. Y cuanto antes mejor.

Se disculpó con una breve fiase de despedida, y abandonó el centro médico, en compañía de su camarada Ilya.

La doctora Zaya se quedó pensativa, con el ceño fruncido. Lentamente, regresó adonde reposaba su paciente. La miró preocupada.

—Es extraño —murmuró—. Hay algo que no me gusta en todo esto... y no sé lo que es. Lo noté cuando entré aquí con esos agentes de la patrulla de Seguridad Espacial. Es..., es como si Iris se hubiera movido en la mesa, antes de volver yo aquí. Pero eso no es posible... Sin embargo, juraría que su posición en la mesa es diferente...

Miró las pupilas azules de su paciente. Pero éstas seguían inmutables, lejanas, carentes de toda expresión.

* * *

—Aquí las tiene, agente. Diez hormigas y doce orugas. Todas en sus sitios respectivos...

Roy Drake examinó los dos recipientes de vidrio en cuyo interior se agitaban las pequeñas criaturas aisladas del clima exterior en aquellos tubos herméticos. Exactamente, había una decena de hormigas y una docena de orugas. En ninguna de las piezas se apreciaba variante biológica alguna.

—Como podrá comprobar por el registro de entrada en el asteroide, son exactamente las que traje desde la Tierra. Mo ha muerto ninguna, ni he perdido una sola. Hasta ahora, las pruebas del Génesis han sido absolutamente negativas. No he logrado ampliar a las criaturas vivas aún, si es eso lo que le preocupa. No hay ningún monstruo creado por mi ciencia, deambulando por el asteroide en estos momentos, como usted sin duda sospecha.

—Pero hay algo que destruye y mata en forma brutal, despiadada —replicó Drake con cierta sequedad.

—Claro que lo hay. Lo que no me gusta es que se atribuya a mis experimentos. Ya ve a esos animales ahí, encerrados. Diminutos, normales, inalterables. No pueden producir el menor daño a nadie.

—Pero su aparato ha desaparecido. ¿Por qué?

—No puedo entenderlo, la verdad. Alguien debió robarlo, no hay duda.

—¿El mismo que mató a su ayudante?

—Posiblemente. Parece lo más razonable.

—¿Por qué lo haría?

—Lo ignoro. En manos profanas no sirve de nada.

—¿Hay alguien en este asteroide que, a juicio suyo, pueda manipular el Génesis?

—Rotundamente, no. Sólo mi hija y yo. Logan también era capaz. Pero está muerto.

—¿De qué tamaño era en realidad su aparato?

--No muy grande. Algo así como un horno de infrarrojos o una estufa eléctrica.

—¿Pesado?

—No mucho. Unas sesenta o setenta y cinco libras. Dada la escasa gravedad del asteroide, ese peso se reduce al menos diez veces. Lo podría trasladar un niño.

—De modo que podría ocultarse también fácilmente...

—No tan fácil. Un detector de metales o un sensor electrónico lo podrían localizar de inmediato.

—¿Lleva estuche? —Sí.

—¿Antimagnético?

—No, no. Se puede detectar incluso dentro de su estuche actual.

—¿Para qué podría utilizarlo un ladrón que ignorase su utilidad real y su manipulación, profesor?

—Lo ignoro totalmente. Es un robo absurdo. Además, el ladrón jamás podrá sacarlo de Epsilón-15. Sería detectado de inmediato en el control de seguridad del cosmodromo.

—No sabemos si, realmente, le interesaba sacarlo del asteroide o no.

—¿Qué quiere decir? ¿Para qué podría querer aquí una persona ese ingenio que no le serviría absolutamente de nada?

—No lo sé, profesor, yo no soy el científico que lo creó, sino usted. Vine en busca de respuestas, no de preguntas —confesó Roy Drake con frialdad.

—Si pudiera ayudarle... —miró desesperadamente a su hija Lynn que, silenciosa y como ajena a todo aquello, permanecía inmóvil al fondo del laboratorio, contemplando el espacio exterior, las miríadas de estrellas en la negra noche del Universo, a través de un ventanal del recinto.

—Ya veo que no puede hacerlo, profesor. Gracias por todo.

Se levantó Roy, caminando hacia la hija del investigador. En el punto donde hasta hace poco yacía el destrozado cadáver de Logan, ahora se veía el brillo de los detergentes que hablan limpiado de sangre y residuos el lugar, tras conducir el cadáver al depósito frigorífico de la base, junto adonde yacía ya el cuerpo de Lyman Gee.

La joven le miró, vagamente distraída. Roy sonrió, mirando también al cielo estrellado e inmenso.

—El crimen ni siquiera respeta la belleza de las estrellas, señorita

Orwell —comentó el policía—. Conozco bien la materia. Cambian las personas y los tiempos, pero las cosas siguen casi siempre igual.

Lynn Orwell se encogió levemente de hombros. Era pequeña, pálida y frágil. Pero sus ojos pardos revelaban inteligencia y sensibilidad. Su cabello era de un suave tono cobrizo y lo llevaba muy corto, sujeto por un pequeño casquete plateado en el occidental.

—Para mí, el crimen fue siempre algo remoto y casi irreal —suspiró—. Nunca vi nada parecido en mi vida, agente. Ni pensé verlo en Epsilón» 15.

—Donde hay seres humanos, hay siempre pasiones. Y crimen es, en el fondo, una pasión tremendamente humana.

—¿Usted cree que esa forma de matar es... humana? —dudó la joven, estremeciéndose y clavando sus ojos en el patrullero espacial.

—La verdad, no —confesó Drake, pensativo—. Pero todos sabemos que en el asteroide no hay animales de ningún género.

—¿Existe algún ser humano capaz de matar de ese modo?

—Nunca se sabe. Acaso una forma de demencia, de locura espacial, convierta a una persona normal en una bestia san- guiñarla y poderosa, no podría decirlo. Además, una fiera no podría deambular por aquí sin ser descubierta fácilmente.

—¿Y el video que no captó al visitante del celador Gee?

—Admito que eso no tiene explicación fácil Tampoco el robo del aparato de su padre.

—¿El Génesis? —Ella sacudió la cabeza—. Es absurdo. ¿De qué le serviría a nadie?

—Esa puede ser la solución. ¿De qué le serviría a alguien que no fuese usted ni su padre, señorita Orwell?

—Absolutamente de nada. Es un mecanismo complejo. Y no tiene utilidad si no se le aplica a su verdadero objetivo: alterar la genética de determinadas criaturas vivas.

—Alguien puede haber pensado en aplicárselo a sí mismo —sugirió Drake, pensativo.

—Imposible —rechazó ella—. Tiene que ser algo lo bastante pequeño para caber en su cámara de experimentación. El aparato es de reducidas dimensiones. Como máximo, sólo un pequeño animalito tendría cabida en el Génesis.

—¿Qué clase de animal, como tope?

—No sé... Un conejillo de Indias, pongamos por caso. No más. Es sólo un equipo de experimentación previa. Si resultara, se haría otro a gran escala. Pero sólo si resultase positivo y con utilidad práctica, cosa que hasta ahora no ha ocurrido.

—Entiendo. Al asesino, si él lo robó hoy de aquí, no le sirve prácticamente de nada, ¿no es eso?

—Justo. Prácticamente de nada, agente —le sonrió con tristeza—.

¿Satisfecho?

—No. Pero agradezco su ayuda, señorita Orwell. Cuídese mucho ahora usted y su padre. No me gustaría que corriesen el menor peligro.

—¿No están ustedes aquí para protegemos?

—Sí, pero puede no ser suficiente. Un criminal capaz de pasar sin ser visto ni controlado, de resultar invisible a los circuitos de televisión, y de no dejar la más leve huella de su paso cuando asesina salvajemente a un ser humano y medio le devora, puede ser capaz de muchas cosas. Incluso de burlar toda la vigilancia posible puesta sobre las demás víctimas potenciales.

—Víctimas potenciales… —La hija del profesor tuvo un leve estremecimiento. Miró con especial interés a Drake—. ¿Está sugiriendo que podríamos ser todos los demás nuevas víctimas del asesino? ¿Cree usted de veras que habrá… más asesinatos en el asteroide?

—Ojalá me equivoque, señorita, pero… me temo que sí —confesó roncamente Roy Drake, antes de abandonar, con su inseparable Ilya, el laboratorio del profesor Orwell.

* * *

—¿De verdad quiere conocerles?

—Si, comandante, de verdad —asintió Drake gravemente.

—¿A los dos?

—A los dos.

—Está bien —resopló el comandante Hyder, volviéndose al teniente Colé—. Teniente, dispóngalo todo para que el agente Drake pueda entrevistarse personalmente con…, con los dos reclusos sentenciados a la prisión perpetua.

—Sí, señor —afirmó Colé, mirando de soslayo, con vaga aprensión, al patrullero de Seguridad Espacial—. ¿Qué medidas se adoptan para ello?

—Las máximas, y son pocas —suspiró Hyder, algo contrariado—. No me gusta sacar a esos dos de sus celdas, pero tampoco quisiera que el agente Drake entrase en ellas para verles. Puede ser más peligroso aún. Si consiguieran un rehén, podrían forzar una situación difícil en el asteroide.

-—-¿No existen medios de impedí cualquier violencia por parte de los penados? —indago Roy curiosamente.

—Claro que existen. Y muy eficaces. Pero la mayoría están vedadas por la nueva legislación penal. El Comité de Derechos de los Penados logró esa prohibición en la última Asamblea de la Federación.

Látigos eléctricos, esposas magnéticas o celdas de castigo y de ultraseguridad fueron rechazadas por considerarlas formas de tortura sobre los prisioneros.

—Entiendo. De todos modos, habrá formas de prevenir un ataque de esa gente…

—Las hay, pero tenga en cuenta que Harían es un ser peligrosísimo y violento. Con él, toda prevención es poca.

—¿Y el otro recluso?

—¿Kelsing? —el comandante se encogió enigmáticamente de hombros—. Ya lo conocerá por sí mismo. No sé cuál de ambos es peor… Pese a todas las medidas previstas, ándese con cuidado y mantenga las distancias. Es un buen consejo, Drake.

—Lo tendré en cuenta, señor —sonrió el patrullero—. En mi trabajo siempre hay que correr riesgos.

—Pero éste me parece innecesario. ¿Qué ayuda puede ofrecerle uno cualquiera de esos dos tipos, si ambos estaban encerrados en sus celdas cuando mataron a Gee y a Logan?

—No lo sé, comandante. Pero prefiero hacerlo así. Este es un caso insólito, totalmente anormal en sus detalles. También los procedimientos a seguir han de ser algo desusado. En esta instalación está ocurriendo algo espantoso, irreal y terrible. Algo que no tiene precedentes hasta ahora.

Es preciso que, de un modo u otro, termine cuanto antes, o no sabemos en qué culminará, pero mis temores son cada vez mayores.— ¿Temores? ¿En qué sentido, Drake? —se alarmó el comandante Hyder, mirándole con fijeza.

—En el único posible, dadas las circunstancias, comandante. Aquí se ha desatado algo que no podemos controlar por el momento. Ese algo puede crecer y devorarnos a todos implacablemente.

—Admito que la situación es grave, pero tenemos fuerzas armadas aquí dentro, recursos para luchar contra lo que sea…

—¿Ha servido eso de algo hasta el momento? ¿Han podido sus recursos humanos y técnicos no sólo frenar esa fuerza asesina y misteriosa, sino ni tan siquiera localizarla o identificarla de modo incontrolable? —objetó Drake, incisivo.

Hyder inclinó la cabeza, indeciso, ensombrecido. Luego la movió negativamente, mirando a su interlocutor.

—La verdad, no —confesó, amargamente. Y añadió, con tono más rotundo—: Tendrá esa doble entrevista de inmediato, Drake. Daré órdenes oportunas para ello.

El joven patrullero se limitó a asentir, sin hacer comentario alguno.

6

Realmente, el convicto Ward Harían parecía ser todo lo peligroso y violento que realmente era. Roy Drake tuvo que admitirlo así, apenas le echó la vista encima

Alto, fornido, un verdadero gigante de poderosos músculos, rostro frío y duro, de facciones muy marcadas, como talladas en granito a golpe de cincel. Cabello crespo y abundante, color ceniza, que había sido cortado al cero, conforme a la ley, pero que volvía a crecer ya unas pulgadas y pronto tendría que ser nuevamente rasurado de aquella sólida y maciza cabeza asentada encima de un cuello rígido y musculosos donde destacaban unos tendones como cables de tenso acero. Enormes manos capaces de triturar a una persona, cosa que de hecho ya eran responsables más de una vez. Pero, sobre todo, los ojos.

Los ojos de Ward Harían eran inquietantes, casi temibles incluso en una primera impresión. Estrechos, muy negros, fríos y centelleante, se movían en las rendijas rodeadas de finas arrugas, bajo las hirsutas cejas, como dos insectos malignos dotados de vida propia. El blanco de aquellos ojos era más bien amarillento, veteado de menudas venillas muy rojas. Él resultado era una mirada helada y cruel, astuta y perversa a la vez, en el fondo de unas simas estrechas sanguinolentas.

Vestía el uniforme gris oscuro de penado, con el distintivo de su condición y la placa plástica con las cifras clave de su ficha personal. No iba esposado ni maniatado, porque lo prohibían los actuales reglamentos, exigidos por el Comité de los Derechos para los Penados. Pero el comandante Hyder había tomado sus precauciones, sin contravenir por ello las normas establecidas.

Un muro de materia plástica blindada separaba a ambos hombres. Era una frontera inviolable para la furia homicida del recluso, y no les impedía escucharse mutuamente de modo perfecto, dado el sistema acústico de que disponían a ambos lados de ese muro transparente, tan cristalino que producía a veces la impresión de no existir.

—Y bien —dijo bruscamente Harían, al enfrentarse a su visitante, con cara de muy pocos amigos—. ¿Qué diablos quiere usted de mí?

—No mucho. Tampoco creo que pueda usted ayudarme demasiado, aunque quisiera —sonrió tranquilamente el patrullero —.'Se trata de la muerte de ese celador.

—Oh, lo de Lyman Gee, ya sé —manifestó el preso, encogiéndose de hombros—. Á mí eso me tiene sin cuidado. El estaba aquí por su gusto. Yo, no.

—¿No eran buenos amigos él y usted?

—Ningún celador puede ser buen amigo, ¿es que está loco para preguntar eso? Todos ellos son gente que nos considera como ratas o

peor. Mejor si los matan a todos.

—Usted, naturalmente, no pudo ver nada de cuanto sucedía cerca de su celda...

—¿Cómo quiere que lo viese? Esas puertas sólo son transparentes para los que están fuera, cuando les aplican cierta luz. Para nosotros son como planchas de acero normal.

—Pero oyó algo...

—¿Quién no? Se armó un buen escándalo de gritos, carreras y todo eso. Es como si se hubieran vuelto todos locos de repente.

—Había motivos para ello —dijo lentamente Drake, mirando muy fijo al penado—. ¿Sabe de qué forma murió el celador Gee?

—Claro —el otro volvió a sacudir sus hombros—. Raro, ¿no?

—Mucho. Por eso le pregunté si oyó algo. No me refería al momento en que fue encontrado el cuerpo, sino *antes*.

—¿Antes? —el reo a cadena perpetua enarcó sus cejas frondosas —. ¿Cuándo, exactamente?

—Al momento en que mataron a Gee, para ser exactos.

—No sé —rechazó, abrupto—. No oí nada.

—¿Seguro? —dudó Drake, sin pestañear, sin desviar sus ojos del rostro brutal del penado Harían.

—Seguro, amigo —le estudió con gesto agrio—. Váyase al diablo de una vez. No tengo por qué ayudarles en esto. No puedo hacerlo, pero aunque pudiera no me gustaría.

—Lo supongo. Debe ser muy duro saber que permanecerá aquí hasta el fin de sus días.

—Eso es mucho decir. Yo nunca pierdo la esperanza de evadirme.

—Es humano. Pero supongamos que se presenta la ocasión y lo consigue. ¿Cree que si ese monstruoso asesino sigue adelante con su sanguinaria tarea, tendrá usted esa ocasión soñada?

—¿Qué demonios quiere decir? —gruñó Harían.

—Podría ser también usted víctima del criminal.

—¿Yo? —Harían soltó una risotada—. ¿Metido en una celda o paseando por un patio durante el día, rodeado de muros altos y de sistemas de alta seguridad?

—Al parecer, todas esas cosas no son obstáculo para que mate a los demás.

—Tonterías. El asesino es uno de ellos. Quizá un loco peligroso. Por eso puede andar por todas partes sin despertar sospechas, sin que nada le frene.

—¿Uno de ellos? ¿Se refiere a la gente que presta sus servicio aquí, en este asteroide?

—Por supuesto.

—No parece factible. El asesino es una especie de bestia caníbal, un devorador de seres humanos, tremendamente fuerte y poderoso.

—Un loco puede hacer todo eso. La locura convierte a los hombres en fieras. Además,' ¿quién jadearía, si no, de ese modo?

—*¿Jadear?* —preguntó vivamente Drake, mirándole con agudeza—. ¿A qué jadeo se refiere?

—No, a nada —cortó abruptamente Harían—. Váyase al diablo, polizonte. No quiero hablar más con usted del asunto. Que los devoren a todos, me tiene sin cuidado.

—Harían, usted ha hablado de un modo de jadear... —insistió Drake.

—¡Fuera de aquí de una maldita vez! —aulló el recluso, alzando sus enormes puños, enrojeciendo de cólera y empezando a golpear con rabia el muro plástico de separación, que vibró sin ceder, pese al terrible empuje de aquellos mazos—. ¡Fuera, fuera! ¡No quiero hablar con usted ni con nadie, no quiero decir nada más!

Parpadeó una luz verde repentinamente. Unos celadores entraron en la cámara. Harían trató de agredirlos en plena crisis iracunda. Le sometieron con una especie de barras metálicas que despedían destellos culebreantes. Estos, al rozar el corpachón de Harían, le hicieron caer de rodillas, gritando de dolor, y fue reducido. Le sacaron de la cámara.

Drake se volvió. El sargento Derek Holt estaba en la puerta de su cámara, mirándole tristemente. Meneó la cabeza al hablar.

—Lo siento, agente —dijo—. Era de temer. Harían siempre reacciona así cuando algo le irrita...

—Estaba a punto de decirme algo. Me habló de un cierto jadeo..., pero eso fue todo —dijo pensativo Roy Drake, siguiendo al suboficial de servicio fuera del recinto destinado a entrevistas carcelarias.

—Quizá mentía —se encogió de hombros el sargento Holt—. Acostumbra a hacerlo, para burlarse de los demás. De todos modos, no creo que pueda sonsacarle nada. Odia a todo lo que representa legalidad y orden.

—Sí, ya lo he advertido —asintió Drake, caminando junto al sargento por el corredor de celdas—. ¿Y el segundo penado?

—¿Kelsing? —el sargento Holt enarcó las cejas, mirándolo con cierta extrañeza—. ¿Va a interrogarle, también?

—¿Por qué no? Debo hacerlo como lo hice con Harían.

—Sí, entiendo, pero Kelsing es diferente. ¿No le han dicho nada sobre eso?

—No, nada —Drake miró al suboficial con perplejidad--. ¿A qué se refiere?

—Ya lo sabrá por sí mismo en seguida —suspiró holt. Se detuvo ante una puerta y esgrimió la llave magnética correspondiente—. Entre aquí, por favor, pronto le traerán el penado Kelsing... Pero tampoco espere nada en esta ocasión. Es aún más difícil de manejar

que Harían, se lo aseguro.

Y sin aclararle más al respecto, preparó las cosas para una segunda entrevista, en otro locutorio de seguridad, parecido al anterior.

Roy esperó unos minutos, impaciente. Por fin, se deslizó una puerta corrediza en el muro, y el penado Kelsing entró en la otra cámara, al lado opuesto del muro plástico de seguridad.

Entonces lo comprendió Drake. Supo por qué de las reticencias del sargento y de la dificultad de manejar al recluso Kelsing, condenado a cadena perpetua, lo mismo que Ward Harían, por numerosos asesinatos.

Kelsing era una mujer.

* * *

—Una mujer...

—¿Sorprendido? —rió burlonamente ella. —Nadie me había dicho... cuál era su sexo. —Acostumbran a no tenerlo demasiado en cuenta. Aquí todos somos números. Penado Número de Código CX-11023. Ese es Ward Harían. Penado de Código DWQ-3420. Ese soy yo, Loma Kelsing. Asi funcionan las cosas aquí, policía,

—No es muy habitual encontrarse mujeres en estos sitios.

—-Oh, claro que no —se mofó ella, con una carcajada fría e hiriente—. La mujer, siempre dulce, tierna y amable con el hombre. Objeto de deseo y de sexo, fiel ama de hogar, madre de hijos y amante... ¡Puerca sociedad de hombres!

Escupió a Drake. Este se echó ligeramente atrás de modo instintivo. El salivazo de la mujer se estrelló en, el muro de plástico.

—De modo que no es inocente de los cargos que la imputaron.

—¿Inocente? ¡Claro que no! He matado a un puñado de tipos, y no me arrepiento de ello. Mi único error fue no matar a otros tantos más. Me hubieran echado el mismo número de años de reclusión. Al no haber pena de muerte, se paga igual por diez que por cien asesinatos.'Después de muerta, nadie podrá ya tenerme en una celda.

Ciertamente, pensó Drake, era una mujer difícil. Violenta, dura y agresiva, como no había visto otra. Lo cierto es que no era fea ni carente de atractivo. Más bien se podía decir que tenía belleza. Algo varonil, acaso, una belleza atlética, de brazos fuertes, piernas musculosas y busto muy desarrollado, aunque evidentemente sólido y firme, ya que bajo su uniforme no llevaba prenda alguna que pudiera realzarlo. Pelo castaño, muy corto, ojos grises y boca carnosa.

—Eso es bien cierto —admitió Drake tras una pausa—. Pero matar a otras personas no resuelve nada. Loma.

—Loma... —le miró, sorprendida, como si hubiese oído algo insólito—. Vaya, es el primero que me llama así, patrullero... Loma... Había empezado a olvidar que a la gente se la llama por su nombre. Para iodos, aquí soy solamente Kelsing.

—Escuche, Loma, He venido a hablarle de otra clase de asesinatos que nada tienen que ver con usted.

—¿A cuáles se refiere? ¿A los de este lugar?

—Así es, Sabrá que mataron a dos personas...

—Si. Y que desapareció otra. Fueron unas muertes poco agradables, ¿no?

—La muerte nunca es agradable. Loma. Cuando es violenta, menos aún. En ese caso, sobrepasa todo lo imaginable. ¿Conoce los detalles?

—Claro. Nos los ha contado Ross, el jefe de celadores. No sabía que hubiera asesinos caníbales que devoran a sus víctimas, en un lugar como este. En Epsilón-15 no hay animales de ningún tipo, de modo que no lo puedo entender...

—Así es. Resulta difícil imaginarse a un ser humano actuando así, pero no hay otra alternativa viable. Usted, en cierto modo, fue testigo de la muerte del celador Gee, ¿no es cierto?

—¿Testigo? ¿Metida en una celda de máxima seguridad, sin aberturas al exterior? —se sorprendió la hembra—. Vamos, vamos, usted delira, policía. No pude ver nada de nada.

—Pero sí *escuchar* —sugirió Roy suavemente.

Ella le miró con fijeza. Luego se encogió de hombros, despectiva.

—Quizá —admitió—. Pero ¿por qué tendría que ayudarle?

—Porque estoy investigando este misterio. Y necesito saber la verdad cuanto antes.

—Eso no cambiará nuestra situación, policía. Yo seguiré aquí de por vida, descubra usted el misterio o no.

—No esté tan segura. El asesino podría llegar hasta usted... y aniquilarla.

—¿Hasta mí? —ella soltó una carcajada—. Imposible. No diga locuras. Nadie puede salvar los sistemas de seguridad de esta prisión para llegar hasta nosotros, ni para bien ni para mal.

—El asesino ha probado que es capaz de muchas cosas insólitas, créame. A veces parece un animal, a veces un hombre... y aceces algo distinto e inexplicable, capaz de moverse entre todos sin ser visto ni percibido, sin dejar huellas de su paso, como si fuera inmaterial, invisible e intangible.

—No me va a asustar, amigo —rechazó Lorna Kelsing—. No temo a nadie.

—No se trata de tener miedo, sino de tener precaución, de protegerse de riesgos... Usted, Lorna, tuvo que oír el... *jadeo*.

—Vaya... —ella pestañeó, mirándole con cierta extrañeza—. ¿Harlan ha hablado de eso? Me dijo que no pensaba mencionárselo a nadie, aunque le arrancaran el pellejo a tiras.

—Pues le aseguro que no toqué su pellejo para nada, Lorna —sonrió Drake, amistoso—. Me lo dijo por propia voluntad,

—No puedo creerlo. Usted debe resultar muy persuasivo, polic... Eh, ¿puede decirme su nombre?

—Claro. Drake. Roy Drake. Podemos ser amigos usted y yo. Lorna.

—¡Amigos! —rechazó ella, despectiva—. No tengo amigos, Drake. Nunca los tuve en toda mi vida. Y menos entre los policías. Tendría gracia que un maldito polizonte de uniforme pretendiera ser amigo de Loma Kelsing... Mucha gracia.

—Me hablaba de ese jadeo que Harían oyó... No me ha dicho si usted también lo captó.

—¿Y quién no? —suspiró ella, moviendo la cabeza—. Era un sonido tan..., tan peculiar, tan raro. Nunca había oído nada semejante. Sonó dos veces. Antes y después de escucharse el grito ronco, como un estertor de agonía, de ese pobre Geé, el celador.

—Si era un jadeo, imagino que sería como todos...

—¿Como todos? No, no. Era una especie de susurro prolongado, ronco... *inhumano*. No, no podía ser una persona quien emitiera aquel sonido. Cuando sonó junto a la puerta de mi celda... en ese momento, Drake, confieso que si no tuve miedo, sí sentí una cierta aprensión, la rara sensación de que *aquello*, fuese lo que fuese, hubiera podido atravesar la puerta de alta seguridad, de habérselo propuesto. Claro que supongo que fue sólo una impresión mía. No hay nada ni nadie, ni tan siquiera un proyectil de gran calibre, capaz de perforar esas puertas...

—No esté tan segura de ello, Loma —se estremeció Roy a su pesar —. Empiezo a creer yo también que esa *cosa* o criatura asesina... es, realmente, capaz de llegar hasta donde quiera. Ni puertas ni muros, ni sistemas de seguridad, pueden frenarle. Es como si el diablo anduviera suelto entre nosotros, sin sernos posible advertir su presencia...

Lorna no dijo nada por unos momentos. Su fiereza innata parecía algo suavizada al mirar a Drake. De repente, dijo algo que dejó estupefacto al joven patrullero.

—¿Sabe una cosa, Drake? Me gusta usted... Es el primer hombre que realmente me gusta en toda mi vida...

—Vaya —reaccionó el joven con rapidez, sonriendo—. Eso me halaga, Lorna.

—No diga cumplidos. No le sirven conmigo. Le importa un bledo lo que una fulana como yo pueda decirle. Debe tener chicas a cientos, mucho más atractivas y femeninas que yo.

—Lorna, voy a serle sincero. Mi trabajo, a través de planetas y asteroides, me impide establecer relaciones habituales con las chicas, como desearía. Pero sea como sea, me complace saber que simpatiza de alguna forma conmigo, a pesar de mi uniforme y de lo que represento. Ya le dije que quería ser su amigo.

—Yo no hablaba de amistad, sino de otra cosa —cortó abruptamente ella—. Me gusta usted como hombre, como macho. Si estuviese libre, sería capaz de todo por hacerle mío, Drake. Pero le he conocido demasiado tarde ya. Mi vida está liquidada. No tengo futuro. No tengo nada. Sólo unos años interminables que purgar entre unos muros odiosos.

La miró en silencio. La dura y violenta mujer cuyos crímenes habían horrorizado a tantas personas, mostraba de pronto ante él su lado humano, tan oculto hasta entonte Habla algo de patético en aquella imposible atracción física y emotiva que ella sentía por el patrullero del espacio. Este respetó los sentimientos de la ruda hembra.

—De veras lo siento, Lorna —dijo con voz grave—. Podría mentirla, prometiéndole ayuda a cambio de su colaboración en este asunto. Sabe que eso no sería cierto. A un condenado a prisión perpetua, nadie le reduce la condena por mucho que haga.

—Claro que lo sé —sonrió sardónicamente ella, y apoyó sus manos en la pared cristalina, como si quisiera aferrar con sus dedos a su visitante—. Me gusta que no pretenda engañarme con feos trucos, Drake. Es usted un buen muchacho. Tal vez por eso me gusta tanto. Colaboraré, pese a todo. Ese jadeo que oímos Harlan y yo provenía del lado sur del corredor. Ya sabe, a la derecha de estas celdas…

—A la derecha… —reflexionó Roy—. ¿Seguro que venia de esa dirección?

—Seguro. Y hacia ella regresó después. También oí… pasos.

—¿Pasos? —se sobresaltó el patrullero—. ¿Pasos normales, humanos?

—Sí. Absolutamente normales, como los de cualquier persona. Pasos suaves, cautelosos. Pasaron pegados a mi puerta, junto con aquel horrible jadeo… Esas pisadas se detuvieron ante mi puerta. Entonces es cuando me inquieté. Luego, lentamente, siguieron su camino, como si hubiera cambiado de idea la persona que los producía. Es todo cuanto sé, Drake. Se lo juro.

—La creo. Loma —suspiró Roy, mirándola con simpatía—. Gracias por todo. Ojalá ese informe me sirva de algo. Tengo miedo, Loma. Tengo mucho miedo.

—¿Usted, miedo? No parece de esa clase de hombres…

—Pues lo tengo. Miedo a que esa criatura ande suelta, miedo a lo que pueda suceder. Es…, es como un presentimiento. Pero algo me

dice que esto no ha hecho sino empezar, que el horror que anda suelto puede desencadenarse en cualquier momento con toda su virulencia... y que ninguno de nosotros está seguro, se halle donde se halle.

—Casi está logrando asustarme también a mí —los grises ojos de ella le miraron con inquietud—. ¿Cree que es tan terrible?

—Más que eso. Es una fuerza maligna capaz de todo. Ser humano o no, ese asesino fantástico logra helar la sangre en mis venas cuando recuerdo a sus víctimas y el modo en que las destruye.

En ese momento, la luz roja parpadeó a sus espaldas. Zumbó la alarma, rompiendo la tensión. Lorna Kelsing se echó atrás, dilatando sus ojos. Drake se revolvió, alarmado.

—¡De nuevo la alerta! —gritó con voz ronca—. Algo grave sucede...

Se precipitó hacia la salida. No había nadie en el corredor. Las luces rojas parpadeaban todas simultáneamente, y zumbaban los timbres de alarma por doquier. De súbito, el teniente Colé apareció a la carrera, arma en mano. Roy, le detuvo, frenético.

—¿Qué es lo que ocurre ahora, teniente? —demandó. El rubio oficial le miró, sombrío. Su respuesta fue aterradora.

—Los retenes de guardia armados, Drake... Todos miembros del destacamento militar de Epsilón-15, absolutamente todos han sido atacados y destruidos por esa fuerza asesina... Ahora sólo quedamos con vida el personal de la prisión ¿lo entiende?

Y siguió su carrera. Lívido, Drake se apoyó en el muro, tratando de comprender la magnitud de aquel terrible informe.

—Dios mío... —jadeó—. Todos los miembros de la fuerza militar aniquilados... —jadeó, convulso—. Es..., es el principio del fin, estoy seguro.

7

Era un espectáculo pavoroso, dantesco.

Le fue dado contemplarlo desde aquella atalaya, dentro de la burbuja de fibra transparente en que se encerraba la prisión espacial. Como se presencia el desenlace final de una batalla en el campo de enfrentamiento.

Los cadáveres aparecían en la planicie rocosa, sobre el suelo basáltico del asteroide Epsilón-15, dispersos, sobre regueros infinitos de roja sangre. Eran cuerpos triturados, desgajados, reventados e informes, como aplastados por un cíclope legendario. Una veintena de hombres perfectamente armados y pertrechados, la fuerza militar destacada en el asteroide prisión para la seguridad del personal allí destinado. Y ahora, no eran más que un montón de muertos desparramados bajo las estrellas de la larga noche de Epsilón-15,

alumbrados por un fulgor lejano y brumoso de blanquecinas nebulosas. Despedían una especie de tenue vapor, un vaho que bien conocían ya los habitantes de la prisión espacial. Aquel vapor gélido y maloliente que despedía la muerte provocada por el ser fantástico e invisible.

—No puede ser... No puede ser... —repetía, como una obsesión, un comandante Hyder mortalmente pálido, desencajado y febril, que aún contemplaba aquel espectáculo de horror con ojos dilatados y el rostro empapado en sudor—. No ha podido suceder... No hay fuerza capaz de abatir así a toda una fuerza militar a punto...

—Desengáñese, comandante. Ha ocurrido —le cortó Drake vivamente—. Estamos viendo lo que queda de los hombres que garantizaban nuestra seguridad personal. Ahora, estamos a merced de nuestras solas y escasas fuerzas.

—Nos haremos fuertes aquí dentro, jadeó Hyder—. He ordenado bloquear todos los accesos a la instalación. Nadie puede ya entrar ni salir de aquí, en tanto no lleguen refuerzos armados desde cualquier destacamento cercano.

—Yo no estaría tan seguro de la invulnerabilidad de estos muros, comandante —rechazó Ilya Kerr, pensativo—. Al parecer, el asesino es capaz de filtrarse por las paredes, como los espectros. Y ni siquiera tenemos la seguridad de que ese maldito monstruo no esté ya aquí dentro, con nosotros.

El comandante miró al compañero de Drake con fijeza, sin responder nada. Pareció sopesar amargamente esa posibilidad.

Si es un ser humano, no puede llegar tan lejos —masculló—. Tal vez se trate solamente de algo llegado del espacio3 de alguna forma de vida desconocida para nosotros...

—Es una posibilidad, pero muy remota —objetó el profesor Orwell con gesto dubitativo—. Las formas de vida del exterior no llegan tan fácilmente a un lugar, y menos aún se reproducen si no existen condiciones idóneas para ello. Personalmente, sigo pensando que, sea lo que sea lo que se está enfrentando a nosotros, se relaciona muy directamente con los humanos.

—Pero ¿qué ser humano podría, por sí solo, destruir a toda una fuerza militar de ese modo? —protestó el teniente Colé, dirigiendo una ojeada al exterior.

—No lo sabemos, teniente —suspiró el científico—. Por supuesto, no puede ser una persona normal quien realiza tales cosas. Posee poderes que escapan w nuestra comprensión. Pero ése es un punto tan oscuro como las tendencias canibalescas de ese ser. Parece insaciable, a juzgar por lo que ha hecho allá con sus nuevas víctimas. Es posible que sus poderes y el hecho de devorar a sus víctimas tengan una relación directa entre sí.

—Dios mío, ¿dónde situar a una criatura semejante? —preguntó a su vez la doctora Zaya, adelantándose hacia el profesor—. Hasta ahora sabemos que no se detecta su presencia física en un monitor de televisión, que no deja huellas de pisadas ni roza las manchas de sangre del suelo, que devora carne humana, que puede moverse por toda una red de ojos electrónicos, sensores y detectores de alta sensibilidad sin ser detectada tampoco, que se oculta de forma que nadie da con él, que roba un ingenio suyo, profesor, que aparentemente de nada le sirve… y finalmente que es capaz de salir al exterior y aniquilar, silenciosamente, sin un solo grito, ruido o detonación, a toda una fuerza compuesta por veinte hombres armados, a la mayoría de los cuales devora parcialmente, sin duda vaciándoles sus vísceras, que parece ser su alimento favorito. ¿Qué clase de ser viviente podemos construir con esos condicionamientos?

—Ninguno, doctora —confesó tristemente el profesor Orwell—. Y, sin embargo, mi instinto me dice que hay mucho de humano en ese monstruo abominable. No me pregunte por qué. Es intuitivo solamente. Acaso porque su método, su modo de obrar es puramente humano. Descarga el golpe, se oculta, espera, acecha, vuelve a descargar otro, retorna a su sigilosa espera…

—Y así ¿hasta cuándo? —declaró el científico, rodeando a su hija con el brazo, como en un instintivo gesto protector.

Lynn Orwell miró a su padre en silencio. Le apretó una mano calurosamente con las suyas, como queriendo darle aliento en esa situación. Luego, se volvió a los reunidos en el centro de mando de la prisión espacial, donde se hallaban todos concentrados, y declaró de forma tan dramática como inesperada:

—Si me permiten una opinión, señores, les diré que yo creo saber lo que está sucediendo en este lugar…

Su padre la miró con infinito estupor. Los demás, incrédulos, giraron sus ojos hacia la hija del sabio, como si hubieran oído mal y no pudieran dar crédito a esas insólitas palabras, suavemente pronunciadas por la joven.

—¿Qué significa…? —comenzó el comandante Hyder, vacilante.

No pudo seguir preguntando a la hija de Orwell.

De pronto, por enésima vez en poco tiempo, comenzaron los vivos parpadeos de la luz roja de alerta, y sonaron las sirenas dentro del recinto carcelario. Hyder soltó un juramentó nada adecuado para pronunciar ante unas damas, y giró su mirada vidriosa hacia la computadora central, en busca del origen exacto de aquella nueva alerta máxima, disparada automáticamente por alguna razón.

En el panel de la computadora, una zona determinada del plano luminoso de la penitenciaría y sus instalaciones, trazado sobre un gran vidrio rectangular, graduado e iluminado, otra luz roja destellaba con

parpadeos incesantes,

—¡Miren! —gritó la doctora Zaya, palideciendo—. ¡La alarma ha sonado en el área médica! ¡Algo sucede en el pabellón donde reposa mi paciente, Iris!

Todos se lanzaron a la carrera en esa dirección, como movidos por un resorte, temiendo encontrarse con lo peor.

Cuando penetraron impetuosamente en el área del pabellón médico, pudieron comprobar la causa de que la alarma se disparase de forma automática.

La mesa bajo el rayo azul de ondas sedantes cerebrales, estaba vacía.

Iris había desaparecido sin dejar rastro.

* * *

—¡Desaparecida! Dios mío...

—Ya van dos personas desaparecidas: Rick y ella —sentenció lúgubremente Kelly Ross, el jefe de celadores—, Y veintidós asesinadas. Todo un triste récord para tan breve espacio de tiempo...

—¿Ha informado a la Central de Seguridad de los sucesos de este asteroide, Drake? —preguntó roncamente Hyder, que parecía un verdadero espectro tras la nueva contrariedad que estaban viviendo.

—Por supuesto, señor, pero no he recibido respuesta de confirmación aún —dijo Roy con tono grave.

Ilya cambió una mirada con su amigo y camarada. Hyder contempló a ambos.

—¿Eso qué puede significar? —demandó, preocupado.

—Posiblemente nada, señor. A veces, por interferencias cósmicas, la respuesta de la Central tarda un poco—explicó Drake—. Pero empieza a prolongarse demasiado la espera.

—Informen de nuevo —pidió el comandante—. ¿Puede ocurrir que ustedes emitan un informe y éste no llegue a destino?

—Imposible, señor..., a menos que...

—A menos, ¿qué?

—A menos que sea interferido de alguna forma. Pero eso resulta improbable, salvo cuando se halla uno en campos magnéticos muy fuertes o las radiaciones cósmicas crean bandas de interferencias. Por supuesto, eso se puede evitar desde la nave patrulla.

—Pero no quiero que salgan a la vista del cosmódromo para emitir desde su nave, Drake —rechazó Hyder vivamente—. Es demasiado riesgo abandonar este recinto ahora. Informen desde aquí nuevamente y pidan confirmación urgente.

—Sí, señor —suspiró Drake—. Pero la señorita Iris estaba aquí

dentro y, sin embargo, ha desaparecido misteriosamente. ¿Pudo hacerlo por su propio pie, doctora?

—En su estado, no — rechazó la doctora Zaya vivamente, tras consultar los gráficos de poco antes, impresos en un tablero electrónico—. Hace sólo unos minutos seguía en coma, con sus actividades cerebrales reducidas, y bajo el efecto del sedante mental. No ha podido levantarse sola y desaparecer. Alguien tuvo que llevársela de aquí.

—¿Pero quién y por qué? —se sorprendió el teniente Cole.

Nadie supo encontrar una respuesta a esa interrogante. Por su parte, la mujer médico informó entonces con tono inseguro:

—Yo advertí ya anteriormente algo extraño: me pareció que Iris había sido movida en su lecho, como si hubiesen desprendido sus bandas de sujeción y alterado su posición inicial. La diferencia era leve, pero la noté.

—Ahora, la diferencia no ha sido ya tan leve, doctora —hizo notar Drake, tomando en sus manos las bandas de sujeción desabrochadas, que colgaban a ambos lados de la cama vacía—. Ella se ha ido, O se la han llevado.

—Registren toda la instalación inmediatamente —ordenó Hyder al jefe de celadores Kelly Ross—. Usted y sus hombres recorran todo lugar donde pueda hallarse oculta esa muchacha. No es posible que desaparezcan tantas personas sin dejar rastro. Tiene que haber un escondrijo donde Rick y ella estén escondidos por alguien... a menos que el propio Rick sea el asesino que buscamos.

—¿Rick? —se escandalizó el sargento Holt—. Imposible, señor. Ha sido siempre un gran muchacho y buen compañero...

—¿Por qué, en vez de seguir haciendo nuevas conjeturas, no dejamos que la señorita Orwell termine de decirnos lo que empezó a declarar antes de la desaparición de Iris? —terció con brusquedad Roy Drake.

—Cierto... —Hyder pareció recordar. Buscó con la mirada a la hija del científico—. Señorita Orwell, cuéntenos lo que sucede y... ¿eh, dónde está *ella* ahora?

Todos giraron la cabeza en ambos sentidos, buscando a Lynn Orwell. Un repentino ramalazo de frío horror les sacudió. El propio científico, parado junto a la puerta, lanzó una exclamación, palideciendo intensamente.

—¡Lynn, mía! —jadeó—. ¡Hace un momento estaba aquí, a mi lado!

Roy Drake desenfundó su arma y, sin contemplaciones, apartó a todos, lanzándose al corredor como una flecha. Su compañero Ilya le siguió.

Se pararon ambos patrulleros en seco, con repentino alivio. Drake

soltó un resoplido.

—Menos mal, Dios mío... —musitó, contemplando el tranquilo y apacible rostro de la muchacha, que permanecía parada no lejos del acceso al recinto médico, con su mirada clavada en el largo corredor que dejaran atrás poco antes—. Está usted aquí...

—Sí —musitó ella, sin dejar de mirar hacía ese blanco corredor luminoso y vacío-—. Estoy aquí... Trataba de verle...

—¿De ver... a quién? —preguntó Drake, sintiendo un escalofrío en su espina dorsal y dirigiendo una mirada rápida hacia el corredor, adonde apuntó con su arma, igual que Ilya.

—Al asesino... —sonrió tímidamente la joven—. Estaba ahí, *tras* de nosotros, estoy segura... Estuve a punto de verlo. Pero las pisadas se alejaron... y la sombra se borró...

—Dios, no —masculló Ilya, precipitándose arma en mano hacia el fondo del pasillo.

Drake le detuvo mientras permanecía junto a la muchacha.

—No vayas. No podemos correr el riesgo de separarnos. Deja que ese ser, sea quien sea, se marche... Creo que, realmente, la señorita Orwell sabe mucho más de lo que imaginábamos. Iniciaremos la búsqueda después dé haberla oído a ella, ¿no te parece? Por favor, señorita Orwell, ¿quiere entrar con nosotros y contarnos, de una vez por todas, qué es lo que usted cree saber?

—Si, por supuesto —afirmó dócilmente la joven—. Se lo contaré. Creo que es la verdad de lo que está ocurriendo aquí...



Todos permanecían pendientes de la hija de Orwell, que había pasado a convertirse repentinamente en el personaje central de la situación. Su aire apacible, ingenuo y sereno, contrastaba enormemente con la visible tensión en muchos de los rostros que la rodeaban.

¿Sería posible, parecían preguntarse los dueños de aquellos rostros, que ella fuese la única, entre todos ellos, que supiera la naturaleza real de aquel espantoso horror invisible que les estaba exterminando implacablemente?

—Adelante, hija mía —murmuró su padre, con evidente escepticismo en su tono—. Si realmente crees saber o intuir algo...

—Sí, padre —afirmó la muchacha con voz suave—. Creo que lo sé. Lo supe desde el principio, pero fui lo bastante torpe como para no darme cuenta de ello.

—No se censure a sí misma —dijo Hyder con simpatía—. La realidad es que sea lo que sea lo que usted cree saber, no puede en

modo alguno ser nada normal ni comprensible.

—Quizá no —admitió la joven—. Pero yo debí sospecharlo mucho antes. Tal vez entonces se hubiera evitado este horror, comandante. A fin de cuentas, soy la única que, aparte mi padre y el pobre Logan* podía llegar a darse cuenta de lo que sucedía.

—Acabemos —rogó su padre en ese punto, con impaciencia—. ¿Qué es lo que yo tendría que haber sabido también, querida Lynn?

—La máquina, papá.

—La... ¿qué?

—La máquina. Tu ingenio de mutación genética. Ahí está la clave de todo.

—Pero ¿qué dices, Lynn? —protestó el profesor vivamente—. Sabes muy bien que nunca hice experimento peligroso alguno, que los pequeños animales tratados con mi mecanismo siguen allí, en el laboratorio, sin sufrir alteración alguna...

—Lo sé, papá. Sé todo eso, porque he colaborado contigo en todos los experimentos realizados. Yo no hablo de esos animalitos, sino de otra cosa..., otra *cosa* que nada tiene que ver con ellos, pero sí con la máquina.

—No lo entiendo, hija —confesó el profesor Orwell, perplejo, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Tuve ese temor un día, papá. La máquina me daba miedo. Había creído advertir que en ocasiones trabajaba *sola*. Es decir, se ponía en funcionamiento sin que nadie la manipulase, sin razón alguna.

—Pero..., ¡pero eso no tiene sentido! —dijo roncamente su padre.

—Claro que no. Por eso me asusté. Un día la vi funcionar cuando regresaba al laboratorio y no estabais Lee ni tú en él. Pensé que uno de los dos había olvidado desconectarla al salir, y la apagué por mí misma. La segunda vez que eso sucedió, empecé a preocuparme. Indirectamente, sugerí a Lee si había hecho funcionar el ingenio. Como yo esperaba, dijo que no. Luego te hice una pregunta semejante y tú, distraído en tus trabajes, me contestaste también negativamente. En ese momento tuve miedo.

—Miedo ¿a qué, señorita Orwell? —preguntó dulcemente Drake, cambiando una mirada con su compañero Kerr—. ¿Qué o quién hacia funcionar esa máquina sin manipularla ustedes?

—Eso es lo que no podía imaginar. Pero desde entonces la vigilé atentamente. Durante un tiempo no se repitió el extraño hecho. La máquina permanecía inactiva. Hasta que llegó una tercera vez...

—No me hablaste de eso —objetó secamente el profesor.

—Ya lo sé. Quería antes estar segura de algo, convencerme por mí misma de que era posible ese extraño fenómeno. Cuando en plena noche, descansando todos, la máquina empezó a funcionar, ya no tuve

dudas. La detuve nuevamente. Luego, miré en su interior...

Hizo una pausa. Sus ojos se dilataron, reflejando un terror a lo desconocido que sobrecogió a todos.

—¿Y qué, señorita Orwell? —quiso saber el comandante Hyder, con voz ronca.

—Allí dentro no había nada ni nadie, por supuesto. La cámara donde se sitúa el animal que va a ser genéticamente alterado permanecía vacía. Pero algo brotó de allí. Algo inmaterial, intangible, pero terriblemente real a juicio mío. Noté un vaho helado y fétido contra mi rostro. Sentí un escalofrío, la sutil e inexplicable sensación de que un maligno rostro imposible de ver me contemplaba de cerca, y que unos brazos o garras también sin forma ni materia me rodeaban en un abrazo cruel, perverso... Entonces y sólo entonces, creí percibir la realidad, intuir el horror que la máquina* al margen de nuestros deseos* había creado por sí misma.

—Una criatura nueva... una cosa viviente... —sugirió Drake, sintiendo él mismo un profundo escalofrío.

—Eso es. — Lynn le miró angustiada—. De la nada había salido algo real, aunque no visible ni tangible en principio. Un monstruo salido del vacío mismo.

—¡Eso no es posible! —protestó su padre, violentamente—. Estás imaginando cosas, Lynn querida. Todo esto te tiene alterada, no cabe otra explicación...

—No, profesor —terció con energía la doctora Zaya—. Creo entender bien lo que dice su bija. Es insólito, pero puede ocurrir, cuando un ingenio se rebela contra su creador, por la causa que sea. Imaginemos que esa genética que usted quiere alterar en los animales que ya existen, dotándoles de mayor volumen, puede ofrecer otra espantosa alternativa: la creación de vida partiendo de cero, de la nada absoluta. Unos electrones iniciales constituyen un núcleo, la máquina les dota de genes producidos por ella misma, y ya tenemos un principio de materia viva. De ese principio, a través de una adecuada programación genética acelerada, el gene original va creciendo, desarrollándose en una llamémosle cuarta o quinta dimensión, que la hace invisible a nuestros ojos, pero no a los sistemas electrónicos de la máquina. Y el gen se convierte en criatura viviente. Todo lo simple que se quiera, unicelular, acaso, pero de tamaño y de naturaleza que desconocemos porque no podemos captarle con nuestros ojos. El monstruo está creado. Sin que ningún científico loco haya participado en la obra, tenemos ya dentro de la máquina primero, oculto a los ojos de todos, una materia que vive, que palpita, que acaso piensa... y que finalmente se liberará de su máquina, para tomar vida propia y atacamos y destruirnos. Un monstruo, en suma, de poder terrible e ignorado, que se mueve de forma dimensional

ajena a la nuestra, pero que como toda criatura viviente necesita comer, alimentarse.

—Y su alimento predilecto, son las vísceras y tejidos humanos —concluyó con voz estremecida el comandante Hyder.

—Así es —suspiró la doctora Zaya, asintiendo con la cabeza lentamente—. Esa es la teoría que yo formaría, partiendo de los temores inconcretos de la señorita Orwell. ¿Estoy en lo cierto, querida?

—Muy en lo cierto —asintió Lynn Orwell con voz apagada—. Me temo que ésa es la única verdad posible papá. Ahora, la criatura surgida de la nada se ha desarrollado de tal modo que puede destruir a un ejército, como hemos visto. Y ese ser, sin duda, fue el que se llevó la máquina a su propia dimensión, desapareciendo así de nuestro laboratorio. Su finalidad, la ignoro. Pero podría ser la de desarrollarse a sí mismo de mejor forma... u otra aún más espantosa.

—¿Cuál, querida? musitó su padre, empezando a mostrar en su rostro demudado todo el horror que sentía.

—Nuevos monstruos de su misma naturaleza —dijo sordamente el patrullero Drake—-. ¿No era eso lo que usted quería sugerir, señorita Orwell?

La joven le miró tristemente. Afirmó luego.

—Sí, señor Drake. Eso, exactamente, quise decir.

En ese momento, por los altavoces del sistema de megafonía de la prisión espacial, sonó de nuevo una sirena, emitiendo la alarma. Luego, una voz informó con tono duro y ominoso:

—Aquí las celdas de reclusión. Habla Ward Harían. Lorna Kelsing y yo nos hemos apoderado de la zona. Estamos libres y armados. Somos dueños de la situación. Será mejor que se rindan, o los celadores de servicio serán asesinados dentro de diez minutos. Es mi ultimátum, comandante Hyden. Tienen nueve minutos para decidirse.

En medio de un horrorizado silencio, todos se miraron, sin saber cómo afrontar aquel nuevo e imprevisible desastre que venía a complicar la de por sí gravísima situación límite en que se hallaban.

8

—Habla el comandante Hyder.

—Adelante, Hyder —respondió por la megafonía interna la agria voz del prisionero.

—Ignoro cómo se han liberado y lo que pretenden, pero será mejor que no piense en matar a sus rehenes. No lo haga. Estamos todos en una situación muy grave, enfrentados a un peligro que no sabemos controlar, y tanto sus vidas como las nuestras corren el mismo riesgo en estos momentos. Le aconsejo que se entregue. No se

tomarán represalias contra usted ni contra Lorna Kelsing. Es más, si deciden cooperar con nosotros en este trance, le prometo interceder ante la Federación para que sus penas sean reducidas el máximo posible y se les traslade a una prisión convencional, en el planeta Tierra o en otra Colonia terrestre que no sea un asteroide-prisión. ¿Qué me dice a eso, Harían?

—Que se vaya al diablo, Hyder —rió la voz del penado—. Hemos recobrado la libertad y no vamos ahora a renunciar a ella graciosamente. Ustedes tienen naves adecuadas para nosotros. Facilítenos una y depongan las armas. Lorna Kelsing y yo nos iremos del asteroide sin cometer daño alguno, y todo estará arreglado.

—No le crea —avisó Drake, ceñudo—. Nos mataría a todos.

—Ya lo sé —gruñó Hyder, sombrío—. Harlan es un psicópata brutal despiadado. Sería para él motivo de gozo exterminamos a todos, una vez rendidos. No habrá rendición alguna. Teniente Cole.

—Sí, señor.

—Usted y el celador jefe Ross se ocuparán de inyectar gas narcótico en las galerías de celdas. Mientras tanto, usted, sargento Holt, ocúpese de disponerlo todo para impedir que ese loco sea capaz de sacrificar a ninguno de sus rehenes. ¿Cuántos celadores tenemos exactamente en la prisión?

—Siete, señor —informó Ross, gravemente—. Los siete deben estar en su poder, porque ninguno se comunica conmigo en estos momentos.

—Bien. Tenemos que salvar sus vidas.

—No va a ser fácil. Cuando noten que el gas narcótico penetra, serán capaces de algo desesperado —opinó el teniente Cole.

—Ya lo sé. Por ello precisan actuar con rapidez y salvar a los rehenes. Recuerden que cada vida humana es preciosa por sí misma, pero más aún en estos momentos, en que sólo nosotros estamos vivos en Epsilón-15, frente a ese monstruo invisible que nos acecha.

—¿Qué puede hacerse para librar a los celadores? —quiso saber el sargento Holt, preocupado.

—Llamar la atención de esos dos criminales de alguna forma que impida que ellos cumplan su anunciada ejecución masiva, sargento. Por desgracia, no disponemos de gente en número adecuado para intentar un ataque contra la zona que les mantenga ocupados lo suficiente hasta que el gas surta su efecto.

—Nosotros podríamos intentar algo —sugirió Roy Drake.

—¿Ustedes? —dudó Hyder—. ¿Qué podrían hacer dos hombres solos, Drake?

—Déjelo en nuestras manos, comandante. ¿Hay máscaras contra ese gas?

—Si, las hay. Le facilitaré dos. ¿Van a entrar en la zona de celdas

que ahora dominan esos dos asesinos?

—No hay otro remedio, señor. Es preciso distraer su atención hasta que el gas surta efecto. Llevaremos ocultas las mascarillas y esperaremos el tiempo máximo hasta aplicarlas. No deben sospechar nada, o matarán a sus rehenes sin remedio.

—Está bien. Confío en ustedes. Recuerden que el gas narcótico es incoloro e inodoro. No notarán nada, hasta que un leve hormigueo se inicie en sus gargantas y sientan que una leve somnolencia les ataca. En ese punto usen mascarillas o caerán profundamente dormidos sin remedio. En ustedes confío, amigos. Suerte.

Estrechó la mano de ambos patrulleros, entregándole dos flexibles mascarillas dotadas de un pequeño depósito concentrado, que ellos guardaron entre sus ropas del uniforme espacial. Luego se dirigieron a la salida, mientras el comandante volvía a establecer conexión con los reclusos.

—¿Y el otro problema qué, comandante? —preguntó en ese punto el profesor Orwell.

—Por el momento, éste tiene prioridad absoluta, profesor —informó Hyder gravemente—. Pero no piense que olvido a ese monstruo que pudo surgir de la nada, ni mucho menos. Sólo espero que nos conceda un margen de tiempo suficiente para resolver este otro problema.

—¿Tiempo? No debe saber lo que es eso. Piense que *no* es humano, comandante —terció la doctora Zaya, preocupada .

—Lo sé. Pero incluso un ser monstruoso sufre los efectos de una pesada digestión, ¿no? —comentó, macabramente, el comandante Hyder—. Tras un festín como el acontecido ahí fuera, exterminando y devorando a tantos hombres, por fuerza has de sentirte ahíto, cansado... O al menos, confío en que sea así, por extraña y remota que sea su naturaleza, en relación a la de humanos y bestias.

—Dios lo quiera, comandante. Dios lo quiera —suspiró el profesor Orwell con pesimismo.

Los minutos iban transcurriendo, inexorables. Hyder consultó su cronómetro de tiempo convencional, ajeno al de Epsilón-15. Dijo sombrío:

—Han pasado ya tres minutos. Sólo nos quedan seis más, para que ese canalla de Harían anuncie la primera ejecución de rehenes.

* * *

Roy Drake hizo un gesto a Ilya Kerr, su compañero de patrulla.

No hablaban. Cualquier sonido podía delatar a los dos forajidos su presencia cerca de las celdas, en los corredores de la zona. Pisaba

con sigilo. Sus suelas esponjosas no producían el menor ruido. Se movían pegados a la pared, para no ser captados por los ojos delatores de los circuitos cerrados de televisión, a pesar de que Hyden había desconectado precavidamente la mayoría de ellos, desde el control central, antes de enviarles a aquella desesperada misión.

Roy escribió unas breves palabras en un papel, mientras se movían por el largo corredor que conducía al punto en que se habían hecho fuertes los dos prisioneros, con sus rehenes.

Ilya leyó la nota y asintió. Esta era muy breve:

«Fingiremos atacar. Pero nos rendiremos en cuanto nos amenacen con sus armas.»

Ambos sabían que intentar un auténtico ataque resultaría suicida, ya que los rehenes serían asesinados de inmediato. Y siete vidas era un precio demasiado alto para volver a reducir a la impotencia a los dos presos. Especialmente en un asteroide donde apenas si quedaban ya seres vivos.

Por otro lado, tampoco pensaban quedarse desarmados ante dos asesinos como Harían y la vigorosa Lorna Kelsing. Arrojarían al suelo sus armas visibles, que eran las pistolas electrónicas y los cuchillos de energía. Pero quedaría bajo su ropa el arma que todo patrullero guardaba celosamente para casos de máxima emergencia: el tubo lanzador de cápsulas flamígeras. Una munición tan pequeña como eficaz, dado su poder calorífero y la forma en que podía hacer arder a personas y objetos si se disparaban a tope de su poder energético.

Llegaron ante el lugar donde los reclusos se habían hecho fuertes con sus rehenes. Ambos se detuvieron en seco. Harían y Lorna Kelsing ocupaban una especie de garita situada en alto, sobre una torre central, a la que confluían tres corredores de celdas de máxima seguridad. Tras su barandilla circular, eran visibles los dos criminales, armados con los fusiles lanzagranadas de los celadores de servicio, teniendo a sus pies ligados con cables luminosos de energía a sus siete rehenes uniformados.

Fueron vistos de inmediato. Saltaron atrás con rapidez, pero una granada disparada por Harían reventó un muro de ellos, haciendo un desgarrón en el metal, y levantó una llamarada humeante, El aire olió a calor y a metal derretido.

—¡No intenten nada o mato a los rehenes! —rugió Harían, con rabia—. ¡Ustedes dos, patrulleros, hagan un solo disparo y estos siete morirán en el acto!

—Si lo hace, Harían, habrá perdido la batalla estúpidamente —replicó Drake, consultando febrilmente su reloj, a la espera de que Hyder dispusiera la inyección de gas narcótico en los conductos de aire respirable de la base celular.

—Pero habré vendido cara mi libertad —gruñó el bandido—. No

vacilaré en matarles. Ese no es comportamiento, patrullero. El comandante me ha prometido estudiar un acuerdo antes de que expire el plazo. Su ataque rompe esas normas.

—No le hemos atacado aún. Harían —replicó Ilya Kerr—. Sólo hemos venido aquí a ver la situación. Usted fue el que disparó.

—No tienen nada que ver —ahora era la voz potente de ella la que sonaba—. Pero ya que han cometido el error de acercarse a nosotros, será mejor que se entreguen.

—No pensamos hacerlo sin luchar, Loma —replicó Drake secamente—. Ni a mi compañero ni a mí nos gusta ser asesinados a sangre fría.

—Le prometo que no pienso causarle daño —dijo la convicta—. Pero si no se entregan ahora mismo, no garantizo lo que pueda suceder con los rehenes. Harían está deseando iniciar la carnicería, compréndanlo.

—Eso no lo dudo —suspiró Drake, alargando aquella conversación cuanto era posible—. ¿Seguro que no nos causarán daño, Lorna?

—Tiene mi palabra —aseguró ella—. Puedo ser una crimináis pero creí que usted confiarla al menos en mí, Drake.

—Un momento —dijo Drake—. Tenemos que pensarlo. Lo discutiré con mi compañero.

—¡Usted no discutirá nada! —bramó Harían ahora—. ¡Tiren sus armas y entréguense *ya,* o mato al primer rehén!

Drake tragó saliva. Harían había puesto su fusil contra la sien de uno de los celadores prisioneros. No había duda de que cumpliría su amenaza gustosamente.

—¡Espere! —gritó vivamente, comprendiendo que el tiempo se agotaba ya—. Nos rendimos. No dispare, Harlan.

Arrojó sus armas visibles al suelo, donde Harlan pudiera verlas. Ilya le imitó. Luego, ambos avanzaron brazos en alto hacia la garita situada en la plataforma elevada y circular del centro de los corredores.

Las armas de Harlan y de Lorna les encañonaban. El rehén suspiraba, aliviado. Acababan de salvar su vida, y lo sabía. Ella les sonrió.

—Debe confiar en mí, Drake —dijo la reclusa—. Me ha caído bien. No le causaré el menor daño ni permitiré que Harían lo haga tampoco. Vamos, suban aquí. Son nuestros prisioneros, eso sí. Y no deben olvidarlo...

Los dos patrulleros se aproximaron a la escalerilla que conducía a la plataforma, siempre con sus brazos en alto. Harían les miraba receloso, como si viera algo extraño en todo aquello. El criminal era astuto. Drake rogó al cielo que no llegara a sospechar que sólo estaban

ganando tiempo, a la espera del gas salvador.

Pero era demasiado esperar. El criminal era listo. Y comprendió.

De repente, lanzó un bramido. Les miró colérico, con los ojos centelleantes. Su voz sonó poderosa en el corredor principal, rebotando de muro en muro:

—¡Es mentira! ¡Todo esto es un truco, Loma! ¡Nos han engañado! ¡Están ganando tiempo, entreteniéndonos! ¡Noto, noto algo, un cosquilleo en la garganta! ¡Es gas, gas narcótico, malditos hijos de perra! ¡Esto lo pagaréis!

Y dirigió su fusil contra ellos, para abrir fuego sin pensarlo dos veces. Drake y su compañero comprendieron que no había remedio. No podían hacer nada por evitar los impactos mortales antes de que el gas actuase. Estaban perdidos.

* * *

Roy Drake supo que era la muerte. Ni él ni Ilya podían siquiera intentar extraer sus armas ocultas. Harían iba a destruirles a bocajarro, con aquellas granadas explosivas, capaces de abrir boquetes en el acero...

Entonces disparó su propio fusil Loma Kelsing. Lo hizo inesperada, velozmente. Y su blanco era su propio compañero, Ward Harlan.

Bastó un solo disparo. La cabeza de Harlan se volatizó en el aire, pulverizada por el impacto de la granada. Reventó parte de su cuerpo, y se desplomó en un baño de sangre junto a los rehenes.

Drake y Kerr miraron, estupefactos, a la persona a quien debían la vida. Lorna Kelsing sonrió amargamente. Se volvió hacia ellos y les encañonó. Ambos patrulleros notaban ya el escozor en la garganta y la somnolencia que producía el gas.

—Tenía que hacerlo —susurró ella—. Nunca me gustó

Harlan... Y yo le había prometido respetar su vida, Drake..., aunque usted jugara sucio...

Se desplomó inconsciente, mientras ellos dos se aplicaban rápidamente sus mascarillas contra el gas. Se movieron entre los rehenes, también dormidos, y recuperaron las armas de los celadores, antes de informar al comandante Hyder a través de sus comunicadores:

—Todo resuelto aquí. Pero no gracias a nosotros, comandante. Lorna Kelsing tuvo un rasgo de valiente honradez, tal vez el primero en su vida... Los rehenes están a salvo. Regresamos hacia allá ahora mismo.

Se dispusieron a emprender la marcha, siempre protegidos por

sus caretas antiguas, a través de cuyos visores de materia plástica les era posible ver nítidamente cuanto les rodeaba, sin contacto directo con el exterior.

Yentonces, inesperadamente, lo vieron.

—¡Cielos, Roy! —clamó Ilya, aterrado, señalando ante él—. ¿Qué... qué es *eso*?

Roy miró ante sí, sin entender. También sintió el helado impacto del horror en toda su persona. No sabía, no podía saber lo que era *aquello*. Pero lo intuyó.

Y dijo roncamente:

—Dios mío... es esa *cosa*, seguro. ¡Es... es el *monstruo*, Ilya! Al fin lo vemos...

9

¡El monstruo!

Un ramalazo frío pareció agitar a todos los presentes. Hyder, la doctora Zaya, los Orwell, el teniente Cole... Todos se miraron entre sí, incrédulos, tras escuchar nítidamente, a través de la megafonía del centro de control, la voz de Roy Drake, diciendo con toda claridad:

—¡Es el monstruo, Ilya! ¡Al fin lo vemos!

Hyder, tras una vacilación, se precipitó, muy pálido, al micrófono y conectó las pantallas del circuito cerrad© de televisión. Su voz sonó destemplada:

—¡Drake, Drake! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué sucede ahí? ¿Está seguro de lo que dice? ¿Han visto al..., al monstruo!

—Lo..., lo estamos viendo ahora, ante nosotros. Es horrible..., horrible, comandante —confirmó roncamente Roy Drake—. Pero no entiendo por qué..., por qué se ha materializado... precisamente ahora.

Exasperado, el comandante Hyder probó todas las pantallas. Era inútil. Sólo Drake y Kerr, con expresión alucinada, eran visibles en los desiertos corredores. Ni rastro del monstruo en sus pantallas de televisión.

—¡Aquí no vemos nada! —clamó Hyder—. ¡Sigue siendo invisible para las cámaras!

—Pues para nosotros, no. Dios mío —gimió Ilya Kerr, con la mirada fija en un punto concreto—. Viene hacia nosotros... Es... es espantoso. Jamás vi nada igual...

Hyder pegó un violentó puñetazo y se revolvió hacia los demás, completamente lívido.

—¡Al infierno con las pantallas! —masculló—. No puede verse nada... Vamos hacia allá todos. Es preciso ayudarles, tratar de hacer algo. Pónganse las mascarillas, tomen armas destructivas. Si ese monstruo se ha hecho visible para ellos, tal vez signifique que ha

penetrado en nuestra dimensión y podemos intentar destruirlo.

Rápidamente, se puso una mascarilla y tomó un arma. El teniente Colé, el celador Ross y el sargento Holt le imitaron.

Después, el profesor Orwell también tomó un arma e indicó a su hija y a la doctora:

—Vosotras permaneced aquí encerradas, por lo que pueda ocurrir. Me temo que no va a ser tarea fácil exterminar a esa criatura o lo que sea, pero puesto que mi propio invento fue causante de ello, debo estar allí, junto a los demás, tratando de hacer algo. Cuide de mi hija, doctora.

—No se preocupe —asintió ésta—. Así lo haré, no tema.

Salieron todos, dejando solas a ambas mujeres. La doctora se aseguró de cerrar las puertas del centro y mantenerse con Lynn Orwell, plantada ante las pantallas de TV, tratando de ver lo que sucedía en la galería de celdas, aunque el monstruo siguiera sin ser visible. Angustiada, contempló a los dos patrulleros, enfrentados con rostro tenso y horrorizado al invisible ser surgido de la nada, y que ellas no podían captar en las pantallas. Pero que, evidentemente, estaba allí.

—Dios mío, esos muchachos... —gimió Lynn—. Pueden morir como los demás... devorados por ese horror viviente...

—Confiemos en que no sea así. También yo siento gran simpatía por esos dos hombres, Lynn —confesó la doctora, sin quitar sus ojos de la figura de Roy Drake—. Espero que esta vez, Dios esté con ellos, querida.

Y rodeó afectuosamente los hombros de su compañera, esperando el desenlace de la terrorífica escena en que dos seres humanos se enfrentaban a un poder llegado de lo desconocido.

* * *

Roy Drake y su compañero Ilya seguían contemplando aquello que se erguía ante ellos, como materializado de la nada momentos antes.

Sabían que habían llegado al trance supremo. Al enfrentamiento con el poder maligno que estaba aniquilando la vida humana en el asteroide. Y ni siquiera sabían qué hacer para combatirlo.

Porque, evidentemente, aquella criatura no era de este mundo ni de ninguno otro conocido. No podía serlo en modo alguno. Su color, su forma, su monstruosa materia, eran cosa del Averno o de la más calenturienta imaginación.

Nunca antes de ahora, Drake imaginó que pudiera existir algo parecido. Aquella masa informe, mezcla de vapor y gelatina

translúcida, vaporosa, despidiendo un vaho maléfico, amarillento, y un hedor frío e insoportable, emitía un jadeo ronco, prolongado, como un estertor de pesadilla. No tenía rostro ni garras, propiamente dichos. Todo él era en realidad un amasijo de ojos purulentos, de orificios como las ventosas de un pulpo, despidiendo aquel vaho hediondo y gélido. Reptaba por el suelo, y sus semitentáculos o extremidades, como las babosas, se adherían al suelo, produciendo un sonido ahogado, como de pisadas.

Tan pronto se hacía esférico como se estiraba en forma de oruga, palpitando su extraña carne amorfa y temblorosa, parecido a la gelatina, pero dejando ver al trasluz, bajo su superficie pastosa, una intrincada red de venillas amarillentas y de extraños músculos vibrátiles, que iban a confluir en aquellos orificios, mitad ojos mitad bocas…

Bocas…

Drake tuvo una espantosa intuición. Por aquellos orificios purulentos, era por donde, sin duda, el monstruo absorbía en voraz festín los tejidos humanos destrozados, las masas encefálicas succionadas. Un asco y una náusea sin límites le invadió al imaginar la escena y verse a sí mismo, víctima propiciatoria de aquella criatura del infierno.

—Roy, ¿qué podemos hacer contra *eso?* —gimió su camarada junto a él.

—No lo sé. Para nosotros es visible, pero sigue sin serlo para los demás, al menos a través de los circuitos de televisión. Sea lo que sea, su naturaleza no es de nuestro mundo ni nuestra dimensión. Pero sospecho que hay una inteligencia, una maligna inteligencia moviendo esa apestosa masa…

Alzó su arma y disparó contra la criatura. Como se temía, el impacto ni siquiera afectó a la *cosa*. El proyectil atravesó toda aquella materia igual que si fuese simple vapor. Algo inmaterial.

Pero su ataque irritó al ser. Porque éste se movió con mayor energía hacia ellos, y sus orificios palpitaron con mayor rapidez también. La *cosa* estaba enfurecida con ellos.

Retrocedieron lentamente los dos. Por el lado opuesto del corredor, empezaron a aparecer los demás, armados y dispuestos a todo. Oyó sus gritos de horror y de incredulidad y se detuvieron todos en seco, la mirada fija en la bestia. Era obvio que ahora sí podían verlo todos ellos. Drake creyó explicado el fenómeno.

—Es el gas, Ilya, estoy seguro —murmuró, la mirada fija en su horrendo enemigo.

—¿El gas?

—Sí. Ha actuado de catalizador para materializar ese ser. Por eso es visible ahora. Y seguirá siéndolo, en tanto flote el gas narcótico en

este corredor. Por lo tanto, él mismo debe ser de una materia gaseosa, impalpable pero mortal.

—¿Qué se puede hacer contra algo así, Roy?

—No lo sé, Pero intentaremos algo. Algo que puede destruir los cuerpos gaseosos. ¿Imaginas lo que es?

—No sé... No te entiendo, Roy, pero sea lo que sea, hazlo pronto. Se nos viene encima, va a caer sobre nosotros en pocos segundos.

Drake no dijo nada. Estaba mirando fijamente a la cosa mientras so mente funcionaba con rapidez. Caminó despacio hacia atrás, hasta situarse cerca de los sistemas de acondicionamiento de aire de la galería. Allí, un cuadro de control disponía si el aire a entrar tenía que ser cálido, normal o frío, según las necesidades del centro penitenciario. Dada su situación en un asteroide perdido en el Cosmos, se debían tener en cuenta todas las posibilidades, todos los riesgos. Desde las heladas hasta un incendio por motivos cósmicos.

Rápido, Drake rompió con su arma la vitrina donde se hallaba situada el control de temperatura. De un manotazo, hizo descender una manivela hasta el mínimo posible de temperatura. Rápidamente, la aguja indicadora bajó hasta límites glaciales, señalando noventa grados centígrados bajo cero.

—¿Qué hace, Drake? —le llegó la voz de Hyde por el comunicador—. ¡Va a congelar esta zona con esa temperatura!

—Eso, justamente, es lo que busco —dijo duramente el patrullero —. El calor convierte en vapor los líquidos. El frío vuelve a convertir en líquido el vapor. O en sólido hielo, si la temperatura es muy baja. Veremos lo que sucede ahora... Sigan alejados de ese monstruo, se lo ruego.

Ellos subieron apresuradamente a la plataforma donde yacían los rehenes y la prisionera, Lorna Kelsing, sin conocimiento, contemplando la reacción de la criatura monstruosa.

Esta no se hizo esperar. Los muros de la galería se cubrían de una creciente capa de hielo, a medida que el aire adquiría una temperatura polar en forma acelerada. Los cambios climáticos eran rápidos mediante aquel sistema, precisamente para combatir cualquier emergencia posible es las estrellas

—¡Mira, Ilya! —señaló Drake, esperanzado—. Esa cosa... Empieza a ocurrirle algo...

Era cierto. El monstruo se había detenido. Emitió un sonido sibilante, el vaho empezó a descender sobre su materia repugnante, en forma de nieve pulverizada, que pronto se convirtió en una tenue costra de hielo sobre la gelatina viviente. Y ésta palpitó, como con violencia, pero sin poder, combatir la creciente oleada de frío que le azotaba.

Del interior de aquella materia viva partió algo, un sonido

imprevisible y escalofriante: el gemido de un ser humano...

Luego, la masa se encogió, se pegó al muro, mientras se cristalizaba por momentos. En un dramático silencio, todos contemplaban la extraña, pavorosa agonía de aquel ser llegado de la nada. Todavía intentó el monstruo reaccionar, luchar contra su final.

Se agitó en un espasmo, golpeó el muro con un sonido áspero, emitió un gorgoteo prolongado y un jadeo ronco. De nuevo el sonido, como una voz humana en un largo lamento, llegó de aquel interior congelado por momentos.

No pudo hacer más.

Tan extraña e inexplicablemente como surgiera, la criatura, de repente, se volatilizó.

Ante los ojos incrédulos de todos los testigos de la horrible escena, su cuerpo se hizo añicos, reventó en fragmentos de hielo, y éste formó simples montoncitos en el suelo, sin forma ni apariencia alguna de cosa viviente. Eran como cristales dispersos, simplemente. Ni un sonido brotó ya de aquellos residuos cristalinos.

—Dios mío, ¿cree que... ha muerto? —jadeó Ilya.

—Es muy posible que sí —suspiró Drake roncamente, encaminándose resuelto hacia el enemigo aparentemente vencido.

Llegó junto a él al tiempo que los demás. Todos contemplaban aquellos trozos de hielo, mientras sus propios dientes castañeteaban por el intenso frío reinante, pero nadie protestó por ello ni pensó en cambiar de nuevo la temperatura. Sus trajes espaciales y sus mascarillas les protegían parcialmente de tan baja climatología.

—Muerto... —susurró Hyder—. Parece que al fin ha muerto... a causa del frío.

—Era vapor, materia gaseosa llegada de otro plano dimensional, no hay duda —sentenció el profesor Orwell—. Y el frío le convirtió en hielo y lo destruyó... Pero me pregunto cuál es el misterio de su existencia, de su naturaleza real...

—Ese es un enigma que tal vez jamás lleguemos a saber —suspiró cansadamente el comandante Hyder, contemplando con fijeza aquellos residuos helados.

Y, de repente, como todos los demás, se quedó petrificado, absorto, mirando sin poderlo creer lo que ocurría ante ellos, en inaudita, fantástica e increíble mutación de la materia.

Allí donde poco antes no había nada, se estaba materializando *algo*. De entre los dispersos residuos de la criatura monstruosa, una forma cristalina se moldeaba mágicamente al parecer, ante todos ellos.

Un cuerpo humano yacía allí, en el pavimento, materializándose paulatinamente. De su trance cristalino, pasó a otro opaco, y lenta, muy lentamente, el cuerpo cobró forma, el rostro también...

Y un ser humano al que todos ellos conocían muy bien, apareció

allí, sin vida, muerto por congelación, tendido ante ellos, como el más fantástico e inaudito de los enigmas.

—¡Dios mío, -clamó roncamente el comandante Hyder—. ¡ES IRIS!

Era Iris. La hermosa muchacha que desapareciera del centro médico de la doctora Zaya.

Iris. Ella, en lugar del monstruo llegado de la nada...

—¡ Iris! —gimió con voz rota la doctora Zaya, contemplando estupefacta la pantalla de televisión donde presenciara el horror final —. Dios mío, no... ¿Qué sucede? ¿Qué hace ella allí?

Lynn Orwell se volvió hacia ella. La miró con triste sonrisa. Y movió la cabeza, lentamente, muy pálido su semblante, aunque no tanto como la demudada doctora.

—Debí imaginarlo... —musitó despacio.

—Imaginar... ¿que?

—Ella... Iris estuvo un día en el laboratorio. Manipuló conmigo la máquina de papá... Sufrió un corte en un dedo. Creo..., creo que una gota de sangre debió caer dentro de la máquina... Ahora ya sabemos la naturaleza real del monstruo, doctora...

—¿Quieres decir que era... que era ELLA el monstruo?

—Parte de ella. De un gene suyo, nació ese ser, mitad mutante, mitad perteneciente a otro plano dimensional... Existía entre ellos una relación. Ella debía captar sus ideas telepáticamente. Ya sabe, una especie de contacto mental permanente. Luego, su propio horror, al descubrir la naturaleza de su «otro yo», nacido de su sangre y de esa horrible máquina, le causó pavor, quiso evitarlo acaso... y cayó en trance, víctima de un fuerte shock. Pero el monstruo estaba en parte en su mente. La reclamó, se mezclaron ambos, no sé si en una fusión voluntaria o simplemente porque la criatura devoró a su creadora y el origen de su propia vida. Ahora, desparecido el monstruo, lo que queda en él de Iris se ha materializado. Sí, doctora Zaya, debí imaginarlo...

—Dios mío... —horrorizada, la doctora miró a Lynn y luego echó a correr, en busca de alguien a quien narrarle aquello. En busca de Roy Drake, sobre todo.

Porque ahora sabía lo que sentía por aquel joven patrullero, después de sufrir momentos Inolvidables de terror, cuando temió por su vida...

F I N